

Pregonero de Justicia

Dedicado a la restauración del
cristianismo del Nuevo Testamento
en esta generación.

Solus Gratia
Solus Christus
Solus Fides

Sólo por Gracia
Sólo por Cristo
Sólo por Fe

NUMERO ESPECIAL

La Justificación por la Fe y el Movimiento Carismático

Editorial — pág. 2

El Subjetivismo y
el Evangelio Eterno — pág. 4

La Justificación por la Fe y
el Bautismo del Espíritu — pág. 9

Cuestionario — pág. 16

Los Grandes Argumentos de la Reforma — pág. 17

El Reavivalismo Protestante, el Pentecostalismo
y el Retorno a Roma — pág. 21

Por Sangre y por Agua — pág. 30

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de la **justificación por la fe** que presentó el apóstol Pablo, y más tarde los reformadores, en este tiempo cuando aquella verdad está siendo amenazada por el humanismo, el pentecostalismo y el ecumenismo. Viendo la necesidad de una revista no sectaria, basada en el principio de la Reforma, "solus scriptura," los redactores y promotores de esta revista se han unido para producir una publicación cuya norma es la Biblia y sólo la Biblia como única regla de fe y práctica. El propósito de esta revista es dar a la trompeta del Evangelio un sonido certero (1 Cor. 14: 7-9) para que, a través de palabras fáciles de entender, podamos quedar todos "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12) y, cual Noé, ser "pregoneros de Justicia" (2 Ped. 2:5).

Editor: Roberto D. Brinsmead
 Editor Asociado: Ricardo Marín

Patrocinadores: Un grupo de cristianos cuyo blanco es fomentar la restauración de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Ella es sostenida sólo mediante las ofrendas voluntarias de aquéllos que ven en **Pregonero de Justicia** una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Multitudes han quedado atrapadas en el popular y frenético esfuerzo por encontrar satisfacción en algún tipo de experiencia religiosa, pero **Pregonero de Justicia** es una voz que clama en este desierto estéril de internalismo imperante; una voz que con fiadamente proclama los grandes principios sobre los cuales se fundó la Reforma—a saber:

1. **Solus Gratia:** La actividad salvadora de Dios efectuada afuera de nosotros, en la Persona de Cristo Jesús, como el único fundamento sobre el cual se obró nuestra salvación.

2. **Solus Christus:** El obrar y el morir de Cristo a nuestro favor como la única base de nuestra aceptación y asociación permanente con Dios.

3. **Solus Fides:** El don de la fe dado a nosotros por el Espíritu Santo, mediante el oír de este Evangelio histórico y objetivo, como el único medio por el cual la vida y muerte sustitutivas de Cristo se nos imputan para justificación de vida eterna. Aquél que es justificado de esta manera y está lleno del Espíritu de Dios, se gloriará únicamente en la cruz de Cristo y hará del acto redentor de Dios en Cristo la afirmación central de su testimonio cristiano. Aunque será cuidadoso de obedecer y agradar a Dios en todas las cosas, continuará arrepintiéndose y no gloriándose en los raquíuticos logros de su propia vida llena del Espíritu.

4. **Solus Scriptura:** La Biblia y sólo la Biblia es la regla infalible de fe y práctica, suficiente por sí sola para que podamos quedar "confirmados en la verdad presente" (2 Ped. 1:12).

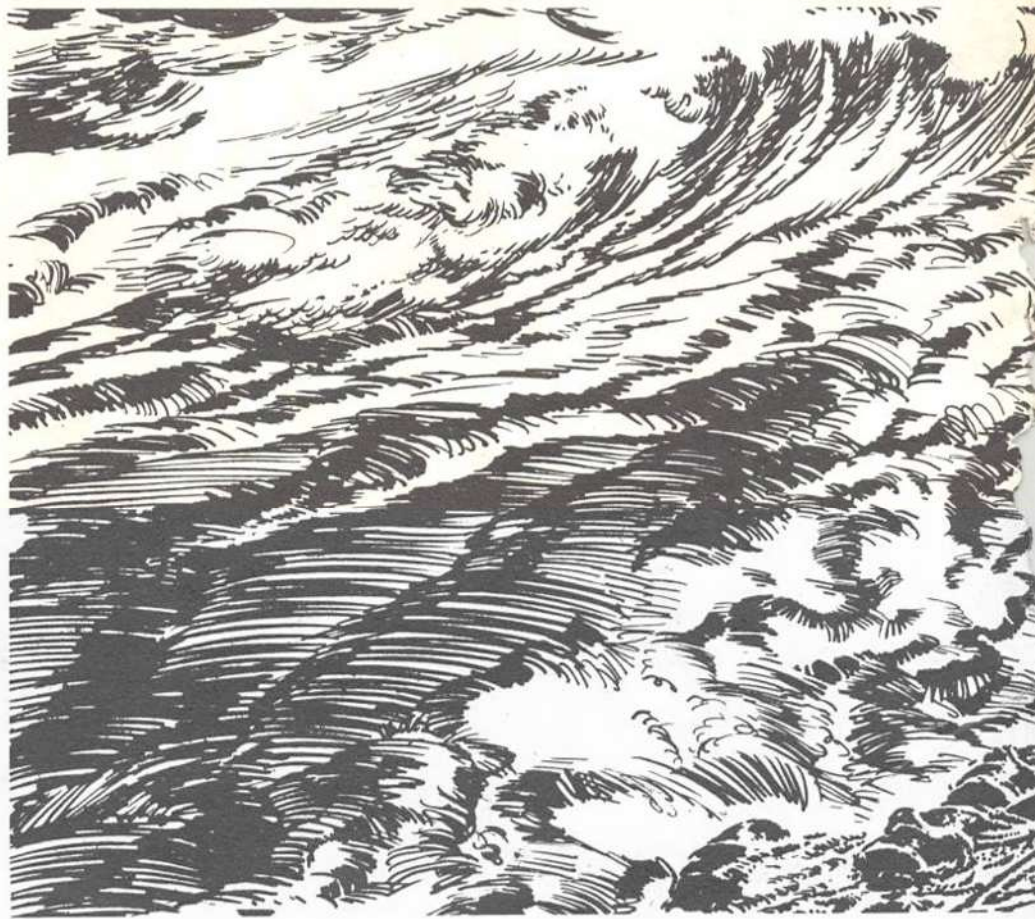
Pregonero de Justicia no sólo se dedica a la tarea de sostener estos principios fundamentales de la Reforma, sino que también cree que debemos permitir que dichos principios traigan a juicio todo cuanto hacemos y enseñamos. Estos conceptos han de traer a cuestión toda tradición y argumentos respecto de la verdad, incluso los que se exponen en esta revista. Nuestra visión es la de una nueva Reforma capaz de recuperar lo que nos legaron los reformadores y de completar la restauración que tan noblemente ellos emprendieron.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y los prejuicios de cualquier denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar, y los juzgarán por sus méritos únicamente. Si desea que se le devuelva su manuscrito, sírvase indicárnoslo cuando lo envíe.

Subscripciones: Las subscripciones son gratis para todos los que las soliciten personalmente. Los que así lo deseen, sírvanse llenar y enviar el cupón que para tales efectos se ha provisto.

Cambio de domicilio: Favor de avisarnos su cambio de domicilio.

Publicado por **Life Research International**. Copyright © 1978 by *Pregonero de Justicia*, P. O. Box 700, Fallbrook, California 92028 EE.UU. All rights reserved. Todos los derechos reservados. La reproducción en total o en parte sin obtener un permiso escrito está prohibida.



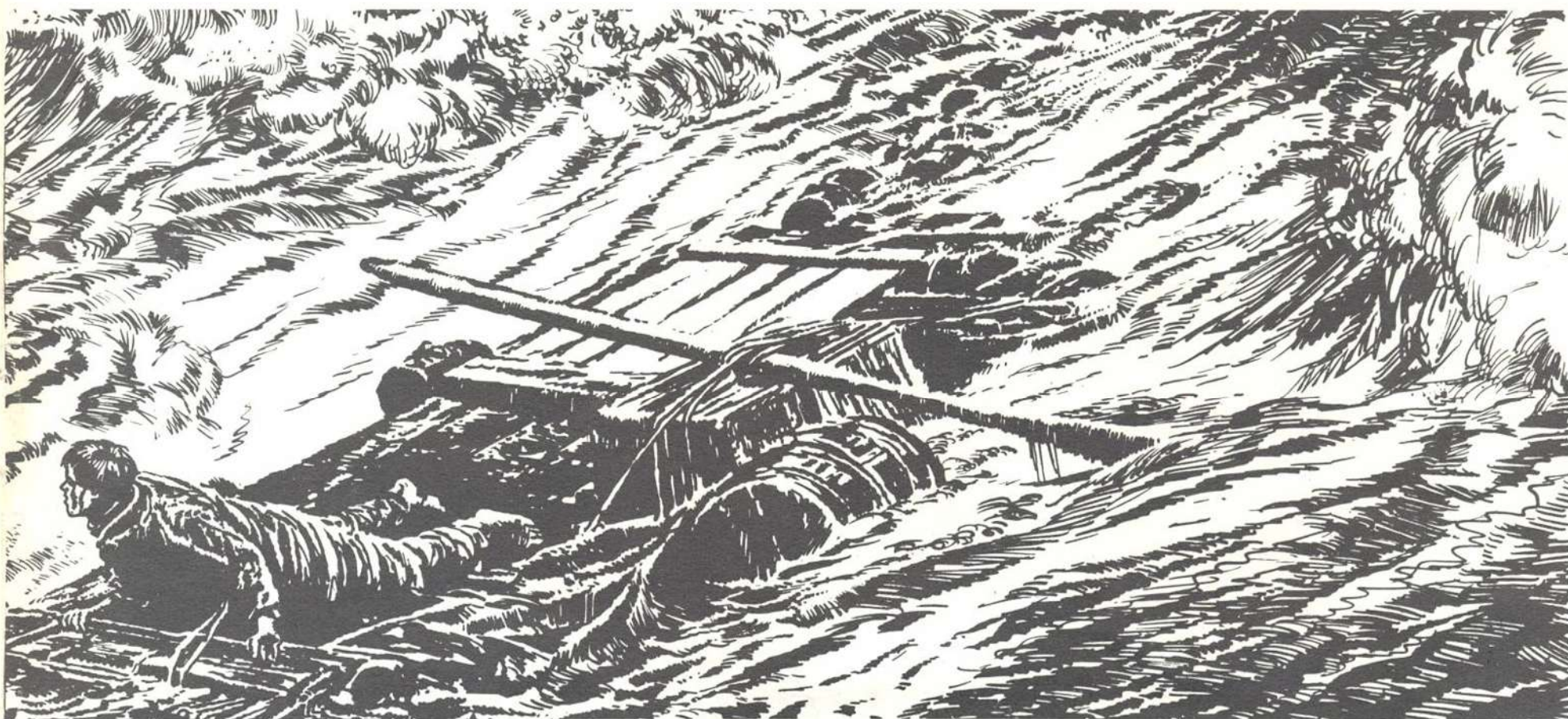
Editorial

Cuando los ejércitos de Napoleón comenzaron a invadir las históricas fronteras de Europa, William Pitt se levantó en el Parlamento Inglés y gritó: "Enrollen el mapa, que en los próximos diez años, no vamos a necesitarlo".

El Movimiento Carismático está enfrascado en una campaña sin precedentes que afecta a todo sector religioso en el mundo. Dicho movimiento está cruzando todas las líneas denominacionales, y casi oscurece la distinción que debe permanecer entre lo católico y lo protestante. Pronto se ha de operar una reagrupación a lo largo de nuevas fronteras religiosas.

El Movimiento Carismático (que abarca el pentecostalismo, el neo-pentecostalismo, el "Movimiento de Jesús" y la mayoría de los grupos reavivados de las Américas) no es una modalidad pasajera. Los editores y los publicadores de esta revista sostienen que todo esto es el cumplimiento en firme de la profecía bíblica (Apoc. 13:13, 14); y sin temeridad ni rencores, expresamos bondadosamente nuestra convicción, a saber: que este movimiento está destinado a arrastrar al mundo entero al engañoso frenesí de una excitación religiosa antievangélica.

Tenemos que exteriorizar y hacer claro nuestro pensamiento: que son muchos los cristianos sinceros que están involucrados en los distintos aspectos del Movimiento Carismático. Los tales no se percatan de que se los está conduciendo de vuelta a la misma filosofía religiosa de la iglesia medieval y de la Edad del Oscurantismo; no ven que ello es absolutamente contrario a los principios eternos de la Reforma Protestante.



Esperamos que muchas de estas personas sinceras lean esta revista. Y a todos, dirigimos el llamado: "Venid, entendámonos". Ninguno que confronte las realidades del Evangelio Eterno puede permanecer como parte integrante del Movimiento Carismático moderno.

Las iglesias y los líderes religiosos están profundamente divididos en torno al pentecostalismo. Durante los últimos cinco años, este editor ha estado recibiendo un torrente de cartas de ministros protestantes. Hay ministros luteranos que se avergüenzan de su herencia protestante y hasta creen que el Movimiento Carismático es la verdadera reforma en contraste con la del Siglo Dieciséis. Otros ministros luteranos respaldan con entusiasmo nuestros esfuerzos por restaurar la primacía, la supremacía y la toda-suficiencia de la doctrina de la Reforma—la Justificación por la Fe. Hay clérigos metodistas que están de lleno en pro del ecumenismo y del Movimiento Carismático y—dicho sea de paso—favorecen la idea de sepultar las grandes disputas religiosas del pasado, mientras que otros colegas de la misma fe alaban a Dios por el surgimiento de una voz que proclama y sostiene el Evangelio objetivo y eterno. Hay ministros bautistas en pro, y también los hay en contra, del Movimiento Carismático. Estamos contestes con un ministro que nos escribió con tonos exclamativos, diciendo: "¡El protestantismo de América está ahogándose en una mar de subjetivismo religioso!"

Muchos descendientes de la Reforma se sienten ahora culpables por el uso de la palabra *protestante*. Para ellos, ésta ha venido a ser una muy mala palabra.

¿Estaría en lo correcto Paul Tillich cuando, hace más de veinte años, hiciera la observación de que la era protestante había llegado a su fin? Durante un verano mientras visitábamos los Estados Unidos, hicimos un cuestionario sencillo de cinco preguntas que trataba de los aspectos básicos para distinguir entre la iglesia medieval y la Reforma. Unas verificaciones preliminares de los cuestionarios revelaron que el 95% de "La Gente de Jesús" (The Jesus People) eran decididamente anti-reformistas en su modo de pensar. Y entre los profesos protestantes que asisten con regularidad a sus iglesias, el promedio era casi igualmente alto.

No podríamos definir la situación mejor que como nos la pintan las líneas escritas por un pastor luterano, en los términos siguientes: "Creo que los tiempos del fin se caracterizan por la oportunidad de escuchar la Palabra como nunca antes, paralelamente con el engaño de Satanás que hace que los hombres, a plena luz del mediodía, sean más ciegos, más torpes e incrédulos que nunca antes".

En esta edición especial de *Pregonero de Justicia*, estamos esbozando el mismo material que el Foro Australiano presentó en unos seminarios celebrados en diez ciudades de los Estados Unidos. Esperamos que la presentación escrita produzca la misma respuesta entusiasta y fervorosa que recibieron aquellas presentaciones orales.

R. D. B.

El subjetivismo



El Subjetivismo y el Evangelio Eterno

“Y llamó Jehová Dios al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo: y escondíme”. Gén. 3:9, 10.

Este breve diálogo ilustra el fuerte contraste que existe entre el carácter de Dios y el del hombre pecaminoso. Dios se interesa por el hombre; pero el hombre se interesa sólo por sí mismo. A través del pecado, el hombre ha llegado a ser una miserable víctima del **subjetivismo**.

La peor forma de subjetivismo es la religiosa. El hombre es pecador, precisamente porque su propia experiencia ha venido a ser el centro de su interés. ¡Pero cuánto más peligrosa es esta tendencia cuando es estimulada y “santificada” por la religión! No hace mucho, mientras nos hallábamos en los terrenos

de la Universidad de California, en Berkeley, vimos un rótulo publicitando una religión oriental. El cartel versaba así:

“Usted se interna, se interna y se interna;
luego se interna, se interna y se interna;
y después se interna, se interna, se interna
y se interna”.

Las religiones orientales no son las únicas que “se internan, se internan y se internan”; las occidentales también adolecen del mismo “internalismo”. El subjetivismo es el denominador común de todas las religiones falsas. En vez de curar el problema del pecado, convierte a los hombres en prisioneros de sí mismos en un grado mayor que el de antes de conocer la religión.

Pensamos más en la experiencia y nos olvidamos del Evangelio.

La Naturaleza Objetiva del Evangelio

El remedio de Dios para el subjetivismo es el Evangelio de Jesucristo. El apóstol Pablo dice:

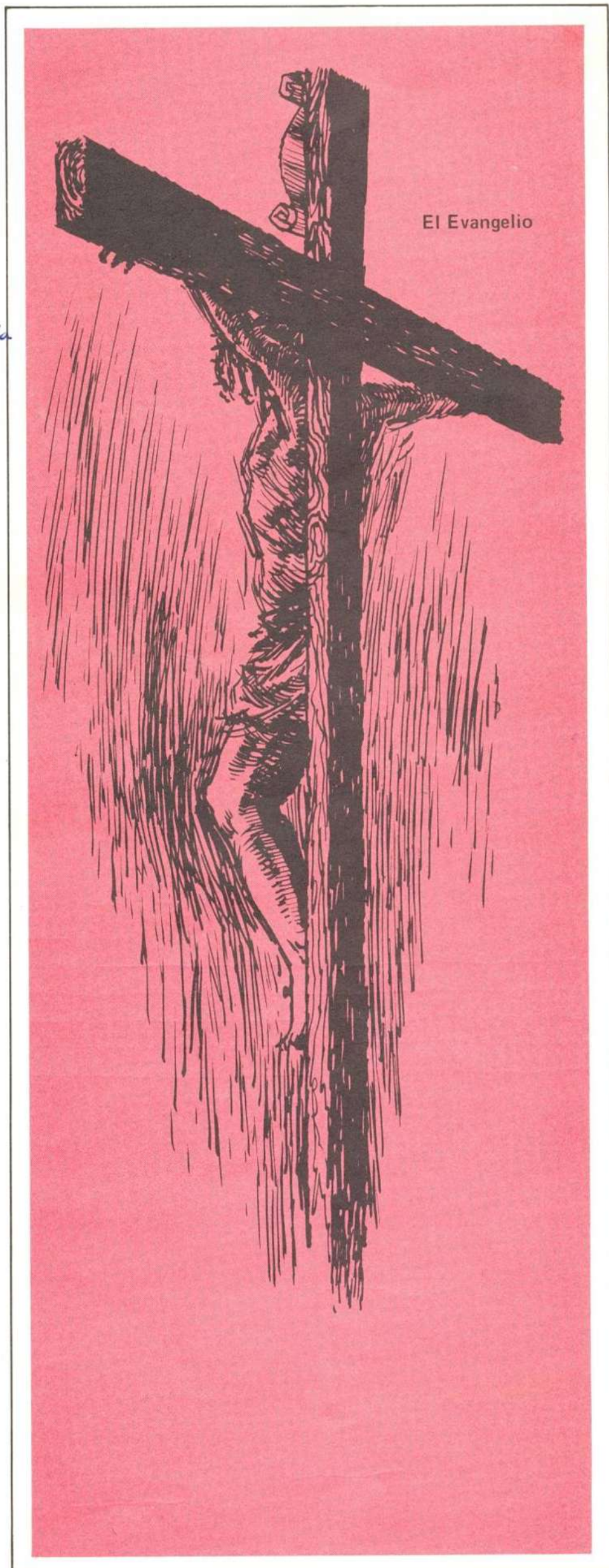
“Además, os declaro, hermanos, el Evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí; que Cristo fue muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. 1 Cor. 15:1-4. *No hace alusión a alguna experiencia religiosa del creyente.*

La religión cristiana es singular por ser la única religión histórica; es decir, que proclama una **salvación basada sobre eventos históricos concretos: la vida, la muerte y la resurrección de Cristo**. No se centraliza en la experiencia propia del adorador, sino en los actos redentores de Dios en Cristo—hechos históricos que fueron llevados a cabo aparte, por encima y más allá de la propia vida del pecador. Por lo tanto, el mensaje del Evangelio es una realidad objetiva.

La declaración de Pablo tocante a lo que es el Evangelio cobra mayor notoriedad cuando la consideramos en el contexto de su primera carta a los Corintios. La iglesia en Corinto se hallaba confundida en lo que respecta a los dones espirituales. Se pensaba que las demostraciones de éxtasis religioso y experiencias maravillosas constituían la evidencia de una vida cristiana realmente elevada. En los capítulos 12 al 14 de su primera carta, Pablo hace uso de una variedad de argumentos para poner de manifiesto ante la iglesia la falacia de esta **distorsión “carismática”**. Pero su principal argumento se halla en el capítulo 15. Pablo hace un llamado a los Corintios a **reconsiderar de nuevo el Evangelio**. Estos estaban frente al peligro de la apostasía (2 Cor. 11:3, 4).

La definición paulina del Evangelio parece ser sorprendentemente simple: Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado, y se levantó nuevamente al tercer día. Esta declaración del Evangelio **no hace alusión alguna a experiencias religiosas del creyente**. Los Corintios estaban entonces demasiado preocupados con sus experiencias religiosas “maravillosas”. Parecería que Pablo les estuviera diciendo: “Ustedes que se ufanan de sus elevadas y poderosas experiencias, están olvidándose del Evangelio que les trae salvación. Ninguna de estas experiencias carismáticas podrían salvarles o recomendarles al favor de Dios”.

La tendencia humana es olvidarse del Evangelio objetivo y gravitar en torno al subjetivismo. El hereje dice: “¿Y quién no sabe que Jesús murió y se levantó nuevamente? No podemos pasarnos la vida hablando de esto. Debemos superar todo eso”. Errando al no captar la gloria del misterio de Cristo, no percibe que **no hay verdad o experiencia más elevada que la revelación del Cristo crucificado**.



La Victoria de Cristo es Nuestra Victoria

La muerte, sepultura y resurrección de Cristo deben considerarse a la luz de Su posición como el segundo Adán.

“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un Hombre, la resurrección de los muertos. Porque así como en Adam todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados”. 1 Cor. 15:21, 22.

“Así que, de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres para condenación, así por una justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida. Porque como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituídos pecadores, así por la obediencia de Uno, los muchos serán constituídos justos”. Rom. 5:18, 19.

Adán fue el primer representante de la raza humana. Debido a que toda la raza humana estaba incorporada en él, Adán se erguía delante de Dios como si fuera cada hombre. Cuando él pecó, toda la raza humana se constituyó pecadora en la apreciación de Dios. Sí, cuando Adán cayó, todos cayeron en él. No hemos llegado a ser pecadores por algo que hicieramos o experimentáramos, sino por algo que aconteció completamente aparte de nosotros, en la persona de Adán; es decir, por un evento histórico objetivo.

→ Dios no nos redimió haciendo algo dentro de nuestra propia experiencia. Mientras estábamos muertos en delitos y pecados, él nos dió otro Padre (Isa. 9:6), un nuevo Representante, un segundo Adán. Ahora Cristo se levanta ante el Tribunal de la Justicia Eterna como el Representante de la raza humana, siendo que por su encarnación la humanidad quedó incorporada en él—la misma que poseía Adán. Cristo se levantó ante Dios como si fuera cada hombre. Cuando él vivió, la humanidad vivió en él. Cuando a él se lo castigó, a la humanidad se la castigó en él. Cuando él murió, la humanidad murió en él. Cuando él resucitó, la humanidad quedó restaurada en el favor de Dios por él. Todo cuanto un padre hace y adquiere pertenece a sus hijos. Como dijera Lutero en un sermón predicado en 1519: “Por consiguiente, un hombre puede gloriarse confiadamente en Cristo y decir: ‘Míos son el vivir, el hacer, el hablar, los sufrimientos y la muerte de Cristo; míos, tanto como si yo hubiera vivido, actuado, hablado, sufrido y muerto como él lo hizo.’” —*Luther’s Works* (Philadelphia: Muhlenberg Press, 1957), Vol. XXI, pág. 297.

“... vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida”. Rom. 5:18. El acto liberador de Dios en Cristo nos incluye a todos, así como la caída de Adán nos incluye a todos. En Cristo, Dios ha perdonado el pecado de la raza humana y ha reconciliado al mundo Consigo (Rom. 5:10)... que si Uno murió por todos, luego todos son muertos”. 2 Cor. 5:14. Como bien ha dicho Karl Barth: “No hay ni uno solo por cuyo pecado y muerte él no haya muerto; cuyo peca-

do y muerte él no haya abolido en la cruz, por quien él no haya hecho el bien positivamente, cuyo derecho él no haya establecido. No hay ni uno solo a quien esto no le haya sido acreditado como su justificación en Su resurrección de entre los muertos. No hay ni aún uno a quien este Hombre no pertenezca y no haya sido justificado en él”. —Karl Barth, *Church Dogmatics* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1936), Vol. IV, Bk. 1, pág. 630.

Un fanático del fútbol asiste a un juego de estrellas. Mientras contempla sentado en su palco las incidencias del juego, su astro favorito recibe el balón y realiza una espectacular jugada. Gana su equipo. El fanático se levanta de su asiento, arroja al aire el sombrero, y exclama con delirio: “¡Ganamos!” No titubea en decir “¡Ganamos!”, aunque el juego fue ganado sin ningún esfuerzo de su parte. Si la gente puede llegar a excitarse tanto por los esfuerzos de unos pocos hombres que sólo corren tras un pedazo de piel de marrano, ¡qué profundo gozo debería animar sus corazones a medida que contemplan el más grande torneo de la eternidad! Cristo, el Hijo del Dios eterno, vino a la tierra a ocupar nuestro mismo lugar en el estadio de la vida y la muerte. En nuestro nombre y a nuestro favor corrió hasta la meta para ganar la victoria eterna para nosotros. “¡Consumado es!” —exclamó él. Por su muerte destruyó el pecado—nuestro pecado (Heb. 1:3). Crucificó nuestra vieja naturaleza pecaminosa (Rom. 6:6); derrotó a Satanás—nuestro enemigo (Juan 16:11; Heb. 2:14). Abolió la muerte (2 Tim. 1:10); perfeccionó a Su pueblo para siempre (Heb. 10:14); y trajo “la justicia de los siglos” (Dan. 9:24). No es preciso continuar al servicio del pecado; no es menester obedecer a nuestra naturaleza pecaminosa, ni hacer la voluntad de Satanás; no hay que temer a la muerte. Mirando la obra sustitutiva de Cristo, podemos exclamar victoriosamente: “¡Ganamos!”

Imagínese el lector que, como condición indispensable para ser salvos, se requiera de nosotros cruzar a nado el violento torrente de un río. Corrientes vertiginosas, que se estrellan contra rocas asesinas, desafían toda esperanza de que podamos cruzarlo a nado. De repente se presenta un poderoso atleta que toma nuestra causa por sí mismo. Se sumerge en las aguas turbulentas y lucha por alcanzar la orilla opuesta. A ratos parece como si fuera a perecer tragado por las enfurecidas aguas. Finalmente, haciendo un gran esfuerzo, logra alcanzar la otra orilla. Entonces levanta su brazo en señal de saludo y de victoria. Ahora bien, Cristo no es como uno de esos que se paran en las márgenes del triunfo para gritar a los del otro lado: “Muy bien, ya les mostré cómo se hace. Ahora tírense ustedes, comiencen a nadar y hagan lo mismo que yo hice”. Cuando cruzó el río de la muerte y la destrucción, nosotros estábamos en él, pues cargaba a la humanidad en sí mismo a través de ese río. Nosotros hemos triunfado en él. Esto es el Evangelio.

A MENSAJE DE PEDRO

→ El Evangelio es acerca de Cristo (Rom. 1:3); habla de su vida y muerte, y del sorprendente acto redentor de Dios en él. Este evento histórico-objetivo es nuestra salvación, la ciencia y el cántico de los mundos no caídos. Cualquier experiencia humana, que no sea la de Cristo por nosotros, luce muy pequeña en comparación con ésta, y nunca debe ser el punto focal de nuestro interés, y menos aún de nuestro testimonio cristiano. No de balde Pablo declaró a los carismáticos de Corinto: "Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado". 1 Cor. 2:2.

La Obra del Espíritu Santo

Pero, puede ser que alguien diga: "Yo sé que el Evangelio trata acerca de lo que Jesús hizo por mí. Pero, ¿y qué en cuanto al Espíritu Santo? El Evangelio completo son las buenas nuevas de lo que Dios hace en mí". En vez de conducir a los hombres a calentarse a la luz del Evangelio, este "evangelio completo" arrastra a las multitudes a hundirse y ahogarse en la mar del subjetivismo. *

Jesús dijo: "... cuando viniere aquel Espíritu de verdad. . . no hablará de sí mismo. . . El me glorificará: porque tomará de lo mío y os lo hará saber". Juan 16:13, 14.

Los siguientes comentarios de Victor Matthews son dignos de considerarse:

"... no hablará de sí mismo. . ." Esto significa que el Espíritu Santo no atraerá la atención hacia sí mismo. Este profundo principio expresado en forma tan sencilla, indica que todo el ministerio del Espíritu está orientado hacia afuera de sí mismo. Sean hechos por el individuo cristiano, o por una iglesia o denominación religiosa, todos los intentos de colocar al Espíritu Santo como el centro de su atención y enseñanza, están, por consiguiente, bajo la censura divina". —Victor Matthews, *Growth in Grace* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1970), págs. 99, 100.

El Espíritu Santo no habla de sí mismo. Y cualquiera que esté lleno del Espíritu, seguirá el mismo patrón. Con frecuencia, hemos recibido en nuestros foros la visita de personas que se han levantado para dar un testimonio más o menos como este: "Soy un creyente lleno del Espíritu. Permítanme que les cuente mi experiencia. . ." **TESTIMONIOS.**

Estas personas quieren decirnos qué es lo que sienten al recibir el Espíritu Santo. Otros gustan describir detalladamente como el Espíritu les produce maravillosas sensaciones religiosas, como decía cierto clérigo: "... hasta los talones de los pies". No nos imaginamos a Pedro parándose en el día de Pentecostés para decir: "Varones hermanos, acabo de recibir el bautismo del Espíritu Santo, y déjenme decirles cuán maravilloso es lo que siento. Cuando vino sobre mí, fue como si me atravesara una corriente eléctrica vivificante. ¡Oh, sentí un amor tan dulce y una paz que surcaba todo mi cuerpo, hasta los talones de mis pies!"

PEDRO

Todo lo contrario; Pedro no hizo referencia a sí mismo, ni a sus sentimientos. Su mensaje fue "Cristo y este crucificado". "Varones israelitas—dijo—oid estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado de Dios. . ." Hech. 2:22. Ese era su mensaje. Ese fue su Evangelio.

"... no hablará de sí mismo. . ." El gran testimonio de los apóstoles era el Evangelio—el acto redentor de Dios en Cristo Jesús. Ellos no revolucionaron al mundo contando sus propias experiencias excitantes en el Espíritu. (De hecho, el orgullo nunca es mayor que cuando se tiene alguna experiencia sorprendente que contar, y particularmente si es una experiencia religiosa.) La Biblia dice: "Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran esfuerzo; y gran gracia era en todos ellos". Hech. 4:33 En sus cartas a los corintios, Pablo muestra cuán repugnante resultaba para él jactarse de su experiencia al estilo de los "apóstoles" carismáticos de su tiempo (véase 2 Cor. 11).

"El me glorificará". La obra del Espíritu Santo consiste en hacer a los hombres conscientes respecto de Cristo. Nunca induce a los hombres a fijarse en sus propias experiencias subjetivas, sino que lleva a los hombres pecadores afuera de sí a contemplar lo que Dios ha hecho aparte de ellos mismos—en la Persona de Jesucristo. En este sentido, la obra del Espíritu es objetiva.

Ya hemos visto que la obra de la reconciliación ha sido hecha a favor de todos los hombres. Cristo nació, murió y resucitó en bien de todos los hombres. El acto liberador de Dios en Jesús ha sido efectuado para todos, y, hablando "objetivamente", todos están justificados (Rom. 5:18). Sin embargo, no todos los hombres han escuchado, recibido y tomado posesión de lo que es suyo en Cristo. He ahí la obra del Espíritu Santo. Sin la obra de la tercera Persona de la divinidad, el sacrificio de Cristo habría sido de balde. Los hombres deben escuchar el Evangelio de lo que Cristo ha hecho para ellos, y deben ser persuadidos a creer y aceptar la provisión gratuita de la justificación en el Hijo de Dios. En esto consiste la obra del Espíritu. El viene para crear fe en el corazón mediante la predicación del Evangelio. "Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado". 1 Cor. 2:12.

La fe no es autogenerable. Calvino expresó el punto de vista de los reformadores cuando dijo del Espíritu Santo: "... la fe es la más importante de sus obras". Y más adelante, nos dice lo siguiente: "... igual que, como hemos dicho, en la Persona de Jesucristo se encuentra la salvación perfecta, del mismo modo, para hacernos partícipes de El, nos bautiza 'en Espíritu Santo y fuego' (Lc. 3, 16), iluminándonos en la fe de su Evangelio. . ." —Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, Vol. 1, pág. 404 (Fundación Editorial de Literatura Reformada, Rijswijk, Países Bajos).

La fe es la más importantes de las obras.

La obra del E.S.

Bautizo del E.S.

La fe ha librado al alma de la intolerable carga de buscar una salvación dentro de su propia experiencia

La salvación ha sido provista gratuitamente para todos en Jesús. El Espíritu Santo obra para atraer todos los hombres a Cristo, a fin de que puedan participar de la salvación, por la fe. Como sostenía Lutero—no hay razón para que los hombres no crean al Evangelio. Pero, en su resistencia al Espíritu Santo, muchos llaman mentiroso a Dios y traen la condenación sobre sus propias cabezas (Juan 3:36; 1 Juan 5:10). El pecado imperdonable consiste en no creer. Si se pudiera ofrecer alguna razón que lo justifique, entonces no sería imperdonable. No podemos explicar la incredulidad por ser un "misterio de iniquidad".

La Fe es Objetiva

Somos llamados a ser herederos de la justicia que es de la fe (Rom. 1:17; Heb. 11:7). La fe (no los sentimientos, la euforia, el éxtasis, ni los ejercicios o demostraciones espirituales) es la principal obra del Espíritu. Los sentimientos, raptos y manifestaciones espirituales extraordinarias son cosas subjetivas. El cristiano no se salva por ellas, ni tampoco puede vivir confiadamente ante Dios basándose en estas cosas. Pero la fe es objetiva. Siempre es fe "hacia Dios" (1 Tes. 1:8). La fe es el ojo del alma. Al igual que el ojo, no puede verse a sí misma. La fe contempla la gloria de de la Persona de Cristo y se apropia de Sus méritos para el alma necesitada. Claro está, no existe virtud salvadora en la fe misma, pero sí en el gran Objeto de la fe—Cristo mismo. Como el fanático del fútbol se identifica a sí mismo con su equipo favorito, exclamando: "¡Ganamos!", así también, por la fe, el alma se identifica con Cristo, y dice: "Cuando Cristo vivió, yo viví en él; cuando él murió, yo morí en él; y cuando él resucitó, yo resucité en él. 'Míos son el vivir, el hacer, el hablar, los sufrimientos y la muerte de Cristo; míos, tanto como si yo hubiera vivido, actuado, hablado, sufrido y muerto como él lo hizo'" (Véase cita local de *Luther's Works*).

Y lo repetimos—la fe es objetiva, porque se gloría solamente en el vivir y en el morir de Cristo. Aunque tiene sus raíces en el corazón, la fe depende de algo que se encuentra completamente afuera del corazón. La fe es el ojo del alma que contempla la gloria de Cristo. Y la fe es la obra del Espíritu Santo. Cuando los profesos religiosos están desprovistos del "Espíritu de fe", procuran hallar alguna confirmación y seguridad para sus almas en las manifestaciones sensoriales; de aquí surge la tentación de poner a Dios a prueba haciéndole peticiones de demostraciones carismáticas.

Siendo un don de Dios por medio del Espíritu, la fe se convierte en un principio activo, vivo y ocupado en la vida del creyente. Como Pablo lo explicó a los galatas, la fe obra por el amor (Gál. 5:6). Y el amor también es otro valor objetivo. "El amor... no busca lo suyo..." (1 Cor. 13:5). El yo no es el centro de su interés. El amor es auto-olvidadizo, por cuanto la fe

ha librado al alma de la intolerable carga de buscar una salvación dentro de su propia experiencia. Por medio del profeta Isaías, Dios reprende a la religiosidad subjetiva, y dirige a los hombres un llamado a servirle mediante un servicio desinteresado en favor de los demás, ya sea con sentimientos o sin ellos. Dios les dice:

"¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?" Isa. 58:6, 7.

El amor es obediente¹. La obediencia bíblica no es asunto de seguir voces inciertas dentro de nuestros propios corazones, confundiendo así los impulsos humanos con las motivaciones del Espíritu Santo. El Espíritu Santo enseña a los creyentes a obedecer a Dios, conformando sus vidas a la Palabra objetiva de Dios como a una norma infalible y absoluta que determina lo que es bueno y lo que es malo.

OBEDIENCIA

Conclusión

Un cántico religioso muy conocido proclama:

"Jesús, Jesús, mi Cristo vive hoy...
Me preguntáis: ¿cómo lo se?
Vive en mi corazón".

En su mejor sentido, este cántico define un criterio muy subjetivo para evaluar la verdad. En cierta ocasión interrogaron al teólogo Karl Barth tocante al pensamiento más profundo que había descubierto en toda su vida de estudio. A la pregunta, Barth contestó:

"¡Cristo me ama! y esto sé,
pues la Biblia enseña así..."

Este antiguo cántico infantil presenta una teología infinitamente mejor que la del anterior porque su criterio de evaluar la verdad es objetivo (la Biblia).

El Evangelio de Cristo es objetivo porque conduce al pecador (la víctima del subjetivismo) hacia algo que está completamente afuera de su propia experiencia. El Espíritu Santo viene para inducirlo a hacer de la experiencia de Cristo el fundamento de su esperanza y su corona de regocijo. Contemplando la gloria de Cristo mediante la revelación del Espíritu, es llevado afuera de sí mismo a vivir en Jesús, el Cristo. La vida del creyente tiene un centro nuevo. Y es por ello que queda libre de la prisión del subjetivismo. Esto es justamente lo que Pablo quería significar, cuando dijo: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas". 2 Cor. 5:17.

¹ Es común y erróneo el pensamiento de que el amor es una emoción. El Movimiento Carismático confunde al eros con el ágape. En esta clase de reavivamiento, la gente suele infatuarse mucho con una experiencia excitante y sensorial que llaman "amor". Pero ágape es un principio que trasciende a todo sentimiento de arrebatado.

8 La fe es objetiva, porque se gloría solamente en el vivir y en el morir de Cristo

La Justificación por la Fe y el Bautismo del Espíritu

Cuando consideramos el mensaje de San Pablo, una palabra se destaca—justificación. Su carta a los romanos es el gran faro de luz de la doctrina de la justificación.

Las palabras *justificar* y *justificación* son términos legales que se hallan estrechamente relacionados con las ideas de un tribunal y de juicio en corte. La justificación para con Dios implica que uno ha comparecido ante la Corte divina y ha sido declarado justo o recto.

La palabra *justificación*, siendo un término legal, se halla también íntimamente relacionada con la *ley*. El tribunal divino tiene una ley santa, justa y buena (Rom. 7:12), que debe tomarse en cuenta en materia de la justificación. En el mismo comienzo de su epístola, el apóstol declara: “. . . los hacedores de la ley serán justificados” Rom. 2:13. La ley demanda perfecta obediencia, y a menos que se satisfaga esta demanda ningún hombre será justificado jamás.

Sin embargo, la condición humana es tal que ningún hombre, en lo absoluto, puede rendir una obediencia que satisfaga a la ley. “Porque por las obras de la ley, ninguna carne se justificará delante de él; porque por la ley es el conocimiento del pecado”. Rom. 3:20. Permítase a un hombre subir hasta la cúspide de la

vida santificada, y aún allí oír a la ley decirle: “Todavía te falta. Sé más santo aún”. Le sería más fácil al tal hombre alcanzar las estrellas con su mano que satisfacer a la ley con su obediencia. No sólo es cierto que “todos pecaron”, también es verdad que todos “están destituídos de la gloria de Dios”² (Rom. 3:23).

De esta forma es que Pablo usa la ley para poner en un mismo nivel a todos los hombres y mostrar que el hombre tiene que mirar más allá de su propia experiencia para encontrar su justificación.

Tres Aspectos Objetivos de la Justificación

^{Trinidad} La justificación de los pecadores es la obra del Dios ^{Trinidad} Trinitario (Rom. 8:33). Así como hay tres Personas en la ^{Trinidad} Trinidad, también tenemos tres aspectos dentro del acto de Dios al declarar justos a los hombres—a saber:

por gracia — (el Padre),
por Cristo — (el Hijo),
por fe — (el Espíritu).

²En el Griego, este verbo está en tiempo de presente continuo.

Gracia = Ser aceptado a pesar de ser inaceptable.

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados”. Rom. 3:24, 25.

→ Ser considerado mejor de lo que uno es

Por Gracia. En este contexto, la palabra gracia no significa una cualidad que se infunde en el hombre, sino simplemente una actitud de favor y misericordia mostrada por Dios a los pecadores inmerecidos. El vocablo *gratuitamente* es lo que define la índole de la gracia que justifica. Y en otros lugares la palabra *gratuitamente* se traduce como “sin causa”. Por consiguiente, la gracia es algo que no se puede ganar ni merecer. El pecador no ha de buscarla en su corazón, sino en el corazón de Dios. Gracia significa que el pecador es aceptado a pesar de ser inaceptable.

Por Cristo. Se dice que la justificación es “en Cristo” (Gál. 2:17), ó “por la obediencia de Uno” (Rom. 5:19). Hemos visto ya que la ley demanda perfecta obediencia. Esta se la debe el pecador a la ley, pero éste es incapaz de rendírsela. Cristo vino a ser el Sustituto del pecador. Mediante su hacer y morir satisfizo las demandas de una ley justa a nombre del pecador. La salvación nos viene a través de la perfecta obediencia a la ley de Jehová—no la nuestra, sino la de él. Los hombres son salvados mediante las buenas obras—no las de ellos, sino las de él.

La justificación por Cristo significa que somos aceptados ante Dios mediante una vida sustitutiva. Somos agradables a la vista de un Dios Santo porque Jesús es agradable.

Por Fe. Mediante la poderosa obra de la tercera Persona de la Trinidad, se crea fe en el corazón del pecador. Cuando se proclama el Evangelio, el Espíritu persuade al pecador de que aquél es la verdad, y crea en su corazón ambas cosas: el deseo y la voluntad para aceptar la salvación que es en Jesús.

No existe mérito salvador en la fe, sino que la fe trae ante Dios la obediencia de Cristo Jesús, y el Señor coloca la obediencia de Su Hijo en la cuenta del pecador. Así es como la fe es contada (acreditada, o imputada) como justicia (véase Rom. 4:5, 6, 9, 10, 21-25).

La justificación ante Dios viene a través de una justicia imputada. La palabra *imputar* difiere terminantemente de la palabra *infundir*. Por justicia imputada se da a entender que esta justicia se halla afuera del creyente, en la Persona de Cristo. Como dijera Lutero, es, más bien, una justicia externa, ajena y extrínseca. No está en la tierra, sino en el cielo. Por lo tanto, la justificación es el veredicto de justicia que Dios emite sobre el pecador caído, y esto, por causa de Cristo, en quien el pecador cree; es una obra que Dios hace por el hombre, y no debe confundirse con lo que Dios hace dentro del hombre. Como lo dice Juan Bunyan: “. . . que el hombre estará perdido si busca en sí mismo justicia para su justificación, cuando ésta no pue-

de encontrarse en ninguna otra parte, sino en Cristo Jesús”. “A la verdad que este es uno de los más grandes misterios del mundo—a saber, que una justicia que reside con una Persona en el cielo deba justificarme a mí, un pecador que reside en la tierra”. —*Justification by an Imputed Righteousness*, (Publicaciones Reiner, Swengle, Pennsylvania, 1967), pág. 6.

De modo que, la gracia que nos justifica se halla afuera de nosotros; el vivir y el morir de Cristo, que nos justifican, quedan fuera de nosotros; y la justicia que nos justifica, por la fe, está fuera de nosotros también. No hay lugar para el subjetivismo en la doctrina de Pablo respecto de la justificación por la fe.

La Toda-suficiencia de la Justificación de Dios

La vida que Jesús vivió por nosotros y a nombre nuestro equipara con las más amplias demandas de una ley infinita. En él estaba “toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Col. 2:9). Esta era una vida de perfección infinita, una vida superior a la del Adán sin pecado o a la del más encumbrado de los ángeles. La justicia de Cristo es la misma justicia de Dios (2 Cor. 5:21), y todo esto, y nada menos que esto, es lo que se le imputa al “impío” que cree (Rom. 4:5). Al creyente en Jesús se le acredita la “justicia de Dios” mismo (Rom. 3:21, 22) en toda su infinita plenitud e inconmensurable totalidad. Dios no imputa su justicia en grados sino que la adjudica en su totalidad. Y esta justicia comprende todo el tesoro acumulado de la eternidad, toda la virtud de Jesucristo. El don de la justificación es el sobremanera grande y eterno peso de gloria. No puede infundirse en el hombre mortal; no puede reducirse a una mera experiencia intra-humana. Pero esta inefable herencia queda debidamente acreditada a la cuenta del pecador en el Banco del Cielo. A la vista de Dios y por el veredicto del Juez Supremo del Universo, el pecador creyente es justo; tan justo como Jesús mismo; es perfecto, sin culpa y sin falta (Col. 1:20-22; 2:10; Heb. 10:14); se yerque como uno que ha cumplido perfectamente la ley de Dios y como uno que se halla en armonía con todos sus justos preceptos (Rom. 10:4).

Y Dios no está fingiendo en esta cuestión de la justicia imputada. Cristo tomó sobre sí mismo la humanidad. La vida real del creyente está en Cristo (Col. 3:3, 4), y esa vida es pura y sin pecado—de hecho, es la misma “justicia de Dios” (2 Cor. 5:21). Más todavía, la fe une al pecador con Jesús. Por la fe queda desposado con “Otro”, a saber, con el que resucitó de los muertos (Rom. 7:4). En uno de sus más brillantes pasajes, Lutero dice:

“La fe. . . une al alma con Cristo, como lo están la novia y el novio, y de este consorcio, Cristo y el alma llegan a ser un solo cuerpo, como dice San Pablo (Efe. 5:30). Luego, las po-

sesiones de ambos son comunes, ya sean fortuna, desdicha, o cualquier otra cosa; de modo que lo que Cristo tiene pertenece también al alma creyente, y lo que el alma tiene pertenecerá a Cristo. Si todas las cosas buenas son de Cristo, incluyendo la beatitud, luego éstas también pertenecerán al alma. Pero, si el alma está llena de transgresiones y pecados, éstos pertenecen a Cristo. A estas alturas, toma lugar un feliz intercambio de valores. Dado que Cristo es Dios y hombre, y nunca ha pecado, y porque Su santidad es inconquistable, eterna y todopoderosa, toma posesión de los pecados del alma creyente por virtud de su anillo de bodas—a saber—la fe, y se somete tal y como si él mismo hubiera cometido esos pecados. Por supuesto, éstos son tragados y quedan ahogados en él, porque Su inconquistable justicia es más fuerte que cualquier pecado, el que fuere. Así es como el alma es limpiada de todos sus pecados por virtud de su dote, es decir, por el instrumento de su fe. El alma queda libre y desencadenada, y dotada de la eterna justicia de Cristo, su Esposo. ¿No es éste un hogar feliz cuando vemos a Cristo, el rico, noble y bondadoso Novio, tomar a la pobre, pequeña, perversa y despreciable ramera en matrimonio, libertándola de todo mal y cubriéndola de toda cosa buena? Ya no es posible que sus pecados la condenen, por cuanto ahora éstos descansan sobre Cristo y están sumergidos en él. En esta forma, ella tiene tan rica justicia en su Esposo que puede siempre ofrecerles resistencia, aunque, por supuesto, éstos siempre aguardan asediándola". —B. L. Woolf, *Reformation Writings of Martin Luther* (London: Lutherworth Press, 1952), Vol. 1, págs. 363, 364.

Esto ilustra bellamente cómo el pecador puede ser justo por medio de la fe; y cualquiera que tenga esta fe es justo—total y completamente; está listo para cualquier cosa—sea la vida, la muerte, el juicio, la venida de Cristo, el día de la ira, o la glorificación.

"Justificados, pues, por la fe. . . nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (es decir, la venida de Cristo)". Rom. 5:1, 2.

". . . justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira". Rom. 5:9. (Cuando aparezca "el gran día de su ira", "¿quién podrá estar firme?" —Apoc. 6:17—los que están justificados.)

". . . y a los que justificó, a éstos también glorificó". Rom. 8:30.

El Bautismo del Espíritu Santo

Recibimos el bautismo del E.S. x lo just. de Cristo

Habiendo visto la grandeza y la toda suficiencia del acto de Dios en justificar al pecador, deberíamos estar listos para contestar la siguiente pregunta: ¿Queda el creyente calificado para recibir el bautismo del Espíritu o para ser lleno del Espíritu en virtud del veredicto de justicia que Dios pronuncia sobre él? ¡Por supuesto! El pecador justificado no sólo se presenta ante Dios como si nunca hubiese pecado, sino tan recto como Jesús mismo. ¿No es Jesús lo suficientemente justo como para recibir el bautismo del Espíritu Santo?

Y podemos preguntar aún, si el acto de Dios en justificar al creyente no lo hace apto para recibir el Espíritu ¿qué otra cosa podrá hacerlo?

La doctrina de Pablo establece que el Espíritu Santo colma toda alma que está justificada por la fe, y la llena como resultado inmediato de su justificación.

Sin justificación no hay E.S.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. . . el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo". Rom. 5:1, 5.

A los gálatas, Pablo dijo:

"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, . . . para que la bendición de Abraham (justificación) fuese sobre los gentiles en Cristo Jesús; para que por la fe recibamos la promesa del Espíritu". Gál. 3:13, 14. *con Cristo*

La fe en el Evangelio no sólo justifica, sino que trae al creyente justificado el don sin medida del Espíritu Santo tan pronto como cree. Pablo lanzó el reto a los gálatas: "¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír de la fe?" Gál. 3:2. Y a los efesios, escribió: ". . . habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa". Efe. 1:13. Esto concuerda con las palabras de Jesús: "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre. (Y esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en él. . .)" Juan 7:38, 39.

En el libro de Romanos, Pablo trata, en forma especial, con dos diferentes dones: el de la justicia (Rom. 5:17), y el del Espíritu (Rom. 5:5; Rom. 8). El don de la justicia es imputado para nuestra justificación; el don del Espíritu es impartido (infundido) para nuestra renovación y santificación. *Ambos x la J. de Cristo*

El don imputado de justicia y el don impartido del Espíritu no deben confundirse, sino que deben distinguirse apropiadamente el uno del otro. La justificación es lo que Dios hace por nosotros; y el llenarnos del Espíritu es lo que él hace en nosotros. Nuestra renovación en el Espíritu no es la causa de nuestra justificación, ni en todo ni en parte. La justificación se adjudica sólo por una justicia imputada—esto es, descansa sobre algo que está completamente fuera de nosotros. La renovación y la santificación del Espíritu son los frutos de la justificación (véase Rom. 5:1-5).

Al paso que debemos tener cuidado de no confundir la obra de Dios por nosotros (justificación) y la obra de Dios en nosotros (santificación), debemos ser igualmente cuidadosos de no divorciar una fase de Su obra de la otra. Su obra por nosotros (justificación) trae en su estela al don e infusión del Espíritu. De hecho, el don del Espíritu es el sello, el juramento y la garantía de que hemos sido justificados (Efe. 1:13, 14; Rom. 8:14-16). Por consiguiente, donde no existe una renovación obrada por el poder transformador

del Espíritu, es porque ciertamente a la justificación nunca se la recibió.

El Don del Espíritu Santo en el Libro de Los Hechos

El libro de Los Hechos ilustra ampliamente lo que Pablo enseña—a saber, que la aceptación de nuestra justificación en Cristo nos trae el don del Espíritu Santo.

El libro de Los Hechos comienza con el mandato que Jesús dió a sus apóstoles y a un pequeño grupo de seguidores:

“Y estando juntos, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, que oísteis—dijo—de mí. Porque Juan, a la verdad, bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después de estos”. Hechos 1:4, 5.

Jesús le ordenó a sus discípulos que “esperasen” por el bautismo del Espíritu. Resulta difícil dar a la espera una calificación de gesto heroico, pero esto destaca la verdad de que el Espíritu es concedible pero no adquirible. Jesús no dijo: “Orad por la promesa del Padre”. Indudablemente los discípulos oraron, pero el énfasis de Jesús está en la actitud de esperar, porque, siendo una promesa y un don, el Espíritu no viene sobre los hombres como un resultado de sus actividades.

En el próximo capítulo de Los Hechos, el relato sigue diciendo:

“Y como se cumplieron los días de Pentecostés, estaban todos³ unánimes juntos; y de repente vino un estruendo del cielo como de un viento recio que corría, el cual hinchó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas como el Espíritu les daba que hablasen”. Hech. 2:1-4.

Si Lucas hubiera querido enfatizar que la oración o alguna otra actividad era lo que traía al Espíritu Santo, perdió en estas líneas una maravillosa oportunidad de hacerlo. La Escritura no dice que los 120 estaban orando cuando el Espíritu vino sobre ellos, sino que “estaban sentados”. La impresión que de esto se desprende es que no era preciso que los discípulos desataran alguna gran actividad con el propósito expreso de recibir el bautismo del Espíritu Santo.

La multitud se reunió, y finalmente Pedro se puso de pie para predicar el gran mensaje pentecostal. Al explicar el don del Espíritu Santo que les había sobrevenido, él no dijo “Este Espíritu ha sido derramado sobre nosotros debido a que nosotros hemos esperado

por él, y durante muchos días nosotros hemos estado orando fervientemente para recibirlo”. ¡Jamás! Ni en lo mínimo hizo Pedro referencia a sus actividades. Lo que él dijo fue esto:

“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”. Hech. 2:32, 33.

El Espíritu fue concedido por causa de la expiación de Cristo, no por los logros de los creyentes. Cristo destruyó el pecado, conquistó a la muerte y quitó toda barrera que impedía que el Espíritu viniera a Su pueblo. El fue glorificado en la presencia de Dios, exaltado muy por encima de los principados y las potestades con una gloria imposible de describir. Pero en su exaltación no podía olvidarse de sus esforzados y afanosos hijos sobre la tierra. El deseaba compartir su gloria con los que creían en él. El Pentecostés fue un acto iniciativo de compartir Cristo algo de Su gloria con sus discípulos—en la medida en que seres mortales podían soportarlo. Se trataba de un don, del cumplimiento de una promesa, y vino sobre la iglesia naciente sólo porque Jesús había sido glorificado.

En el Pentecostés, el Evangelio fue predicado bajo el poder y la demostración del Espíritu Santo. Como saeta del Todopoderoso, la verdad penetró en los corazones de los que escucharon. Y tuvieron que clamar: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. . . Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas”. Hech. 2:38, 41.

Ahora bien, es preciso que entendamos cómo fue que las tres mil personas recibieron el Espíritu Santo. **A ellas no se les ordenó que esperaran.** Los discípulos habían esperado. Pero después del Pentecostés, no existe orden alguna—y ni siquiera la sugerencia—de esperar por el Espíritu. El Espíritu había venido sobre la Iglesia en un evento singular de una vez y para siempre. Pedro no dijo a sus oyentes: “Primero debéis ser bautizados para el perdón de los pecados. Y después debéis esperar al Espíritu como hicimos nosotros”. ¡No! Desde el Pentecostés, el mensaje del Evangelio es, creed y recibid. Todos los que creen, reciben el Espíritu.

No sólo no tenían necesidad de esperar, sino que tampoco hay sugerencia de que el Espíritu viniera sobre éstos con un estruendoso viento, aparición de fuego, o manifestación de hablar en idiomas extranjeros.⁴ Los grandes eventos inaugurales de la Reden-

³Cerca de 120 personas en total (véase Hechos 1:15).

⁴El don de lenguas en Pentecostés fue la habilidad sobrenatural de comunicar el Evangelio en idiomas extranjeros (véase Hechos 2:4-8).

ción—la muerte de Cristo, la resurrección, la ascensión y la glorificación (el Pentecostés)—fueron testificados y asistidos por grandes señales y maravillas. En la muerte de Jesús, el sol se oscureció; en Su resurrección, hubo un terremoto. Los ángeles se les aparecieron a Sus discípulos en Su ascensión. Y viento, fuego y hablar en lenguas quedaron asociados con Su glorificación y el derramamiento inicial del Espíritu sobre la Iglesia. Ahora se llama a los hombres a participar de los beneficios de la muerte, la resurrección, la ascensión y la glorificación de Cristo. Hoy día sería tan absurdo demandar de Dios que el don del Espíritu Santo nos sea dado con fuego, con viento y con la dación para hablar otros idiomas, como esperar que el sol se oscureciera al sepultarnos en la tumba simbólica del bautismo, y que hubiera un terremoto al levantarnos de las aguas bautismales para andar con Cristo en novedad de vida. Somos justificados por la fe, y por la fe (no por vista, sonidos o sentimientos) es que recibimos el Espíritu Santo. El don del Espíritu puede estar acompañado de demostraciones milagrosas y puede no estarlo. Pero la fe no descansa sobre esto, sino sobre la infalible Palabra de la promesa.

Hechos 2:38 nos muestra que, desde el Pentecostés, el Espíritu se concede en el momento de la iniciación cristiana. El bautismo del Espíritu Santo está asociado con el bautismo en Cristo. Y no estamos tratando aquí con la forma en que se efectúa el bautismo cristiano,⁵ sino con el principio envuelto en el bautismo. El bautismo significa que uno se ha identificado con la muerte y la resurrección de Cristo (véase Romanos 6:3-7). La fe une e identifica al alma con Jesús. Por lo tanto, los que comparten la muerte y la resurrección de Cristo participan también de la glorificación a la diestra de Dios. Por esto es que el Espíritu Santo acompaña al bautismo cristiano. El libro de los Hechos demuestra ampliamente que el bautismo y el don del Espíritu se acompañan.

Pedro predicó de Jesús a los gentiles en la casa de Cornelio. El dijo:

“... Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. . . . De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre. Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” Hech. 10:38, 43-47.

⁵La forma del bautismo no es aquí el punto vital de discusión, aunque en lo sucesivo *Pregonero de Justicia* puede tratar acerca de esto.

¡Qué testimonio más claro a favor de la verdad de que la fe en Jesús, para recibir justificación o perdón de los pecados, trae el don del Espíritu Santo! Esto queda más esclarecido aún en el relato de la visita de Pablo a Efeso:

“Aconteció que entre tanto que Apolos estaba en Corinto, Pablo, después de recorrer las regiones superiores, vino a Efeso, y hallando a ciertos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo. Entonces dijo: ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos dijeron: En el bautismo de Juan. Dijo Pablo: Juan bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en aquel que vendría después de él, esto es, en Jesús el Cristo. Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas, y profetizaban”. Hech. 19:1-6.

Es extraño ver cómo algunas personas hacen uso de esta escritura para sostener el criterio de un bautismo en el Espíritu Santo posterior a la conversión. Serían más consistentes si usaran el pasaje para sostener la idea de dos bautismos de agua—uno para llegar a ser cristianos, y el otro para conseguir el Espíritu Santo. La pregunta vital de Pablo es “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”, y no debe leerse como si Pablo les estuviera preguntando si habían recibido una segunda bendición. La Versión Revisada de Valera lo traduce así: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” Lo que Pablo está diciendo es: “Si no recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis, no tenéis la verdadera fe cristiana”. Esa es la doctrina de Pablo—el Espíritu viene cuando los hombres creen en Jesús. Pero estos discípulos de Juan no habían participado de la bendición del Pentecostés porque no habían escuchado acerca de la expiación y la glorificación de Cristo. La información que les faltaba a ellos no era tanto acerca del Espíritu Santo como tal, sino el relato del Evangelio de Cristo. Pablo les habló de Cristo, los bautizó en el Nombre de Jesús, y participaron de la bendición del Pentecostés. De manera que, el don del Espíritu debe acompañar al bautismo cristiano, a menos que algo ande mal.

Nuestros amigos pentecostales dirán: “¿Y qué en cuanto a Hechos 8? Felipe predicó el Evangelio en Samaria; el pueblo creyó y fue bautizado. Pero no recibieron el Espíritu Santo hasta que los apóstoles vinieron y oraron por ellos”.

“Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo”. Hech. 8:14-17.

Admitimos que éste es un caso excepcional. Pero en vez de probar que el Espíritu no viene en el tiempo de la conversión, esto prueba realmente lo contrario. De acuerdo con Hechos 2:38, los discípulos sabían que el don del Espíritu Santo debía acompañar al bautismo. Pero en Samaria (su primer esfuerzo misionero para alcanzar a los no judíos) no sucedió así. Esto les condujo a tomar medidas inmediatas para remediar esta situación tan anormal. La idea de que un creyente podía ser bautizado sin haber gozado del don del Espíritu Santo era algo que ni se podía pensar, era una contradicción. Los apóstoles descendieron inmediatamente a Samaria, oraron por los samaritanos, y éstos también llegaron a compartir la bendición del Pentecostés.

¿Por qué razón obró Dios de esta manera en Samaria? Cuando consideramos la situación histórica, no se hace difícil determinar la razón. Los judíos y los samaritanos eran tradicionalmente hostiles los unos hacia los otros; estaban divididos racial y religiosamente. El Señor no deseaba que esta situación se perpetuara en la iglesia cristiana. Si los samaritanos hubieran recibido la bendición total del Evangelio aparte de la iglesia de Jerusalem, se habrían inclinado a tener su iglesia cristiana independiente. Por otro lado, los apóstoles todavía eran propensos a prejuiciarse contra los samaritanos. Los líderes de la iglesia necesitaban ver que Dios no hacía diferencia entre los judíos creyentes y los samaritanos creyentes. El capítulo 8 del libro de los Hechos muestra cómo fue que obró el Espíritu para preservar la unidad en la iglesia naciente.

En el libro de los Hechos se desconoce la idea de que el don del Espíritu Santo venga al creyente como una segunda bendición después de su conversión. Cuando Pablo predicó el Evangelio a los gálatas paganos, éstos creyeron y recibieron el Espíritu (Gál. 3:2). Cuando Pablo y Bernabé volvieron a ellos, el apóstol no les dijo: "La última vez les predicamos el Evangelio; pero ahora les vamos a presentar el Evangelio completo". Pues ¡no! Porque el Evangelio de Pablo era únicamente y siempre el Evangelio completo, el Evangelio de Cristo. Pero, ¿qué fue lo que Pablo les dijo en su segunda visita?

"Confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y que es menester que por muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios". Hech. 14:22.

Aquí no hay tal cosa como la sugerencia de una segunda bendición. Como los hombres reciben a Cristo Jesús, el Señor, así deben andar en él (Col. 2:6). Aparte de Hechos 1:8, en ningún lugar del Nuevo Testamento se exhorta a los cristianos a esperar la llegada del Espíritu Santo, sino que mediante el Espíritu Santo se les exhorta a la esperanza y a la vigilancia respecto del advenimiento de Cristo Jesús "con grande poder y gloria" (Gál. 5:5; Rom. 5:2; 8:23, 24; Heb. 9:

28; 1 Tes. 1:10). A decir verdad, la venida de Cristo y la glorificación de los santos constituyen la segunda bendición que presenta el Nuevo Testamento.

Por qué el Pentecostalismo Moderno es una Completa Negación de la Verdad de la Justificación

La tesis central del Movimiento Pentecostal es que el bautismo o el ser llenados del Espíritu Santo es definitivamente una segunda bendición que viene en un tiempo posterior a la conversión. Esta tesis pentecostal es una completa negación de la verdad de la justificación por la fe. Este es un cargo muy serio, y comprendemos que ha de caer muy pesado a muchos pentecostales que suponen creer en la justificación por la fe. Es cierto que algunas veces los pentecostales suenan muy ortodoxos cuando hablan de la justificación; pero es imposible abrazar la doctrina pentecostal y a la misma vez sostener la preeminencia, la supremacía y la toda suficiencia de la justificación por la fe, por las siguientes razones:

1. La idea pentecostal de un bautismo del Espíritu posterior a la conversión del pecador implica que el acto por el cual Dios justifica no es suficiente para traer el bautismo o llenar del Espíritu a la persona. Pero, amigos, si el don de la propia justicia de Dios no es suficiente para preparar al creyente para que reciba el Espíritu, ¿qué otra cosa será suficiente? A la luz del mensaje de Pablo tocante a la toda-suficiencia de la justificación, el pentecostalismo es una aberración crasa. Si la obra más grande de Dios a favor del pecador no puede traerle el Espíritu, entonces el hombre tiene que recurrir a sus propias obras—y así es como se producen libros y revistas como los que abogan por cinco pasos, siete y hasta diez pasos por los que hay que atravesar antes de poder recibir el Espíritu. Se recurre a mañas psicológicas, a exhortaciones tales como "¡vacíate del pecado!", "déjate guiar", o "haz una entrega absoluta" y a muchos otros hechos internos para traer el "Espíritu Santo".

Si Pablo estuviera entre nosotros, el preguntaría: "¿Recibísteis el Espíritu Santo cuando fuisteis justificados (esto es, cuando creísteis)?" Si nuestra contestación fuera "No", Pablo nos replicaría: "Entonces ustedes no han recibido la justificación cristiana". El no nos abrumaría con estudios más complicados, más bien, nos enseñaría nuevamente lo sencillo y lo fundamental de "mi evangelio" (Rom. 2:16).

2. La enseñanza pentecostal implica—y a veces establece llanamente—que la experiencia del bautismo en el Espíritu es alguna cosa mayor y que está más allá de la justificación que se recibe por la fe. De la abundancia del corazón habla la boca. Lutero habló más de la justificación porque para él esta era—y todavía lo es—la principal joya doctrinal de la Biblia. Los

pentecostales hablan más de su experiencia que de cualquier otra cosa porque atribuyen a ésta una importancia mayor que la que tiene el don de la justificación.

La justificación es el don de la justicia de Dios en toda su totalidad, acreditado al pecador creyente. En el acto del perdón de Dios, toda la herencia de Cristo Jesús, el sobremanera y eterno peso de gloria, le es dado al creyente. Este don nunca puede sobrepujarse porque en él Dios da absolutamente todo el tesoro acumulado de la eternidad. Lejos de ser lo más grande, la experiencia de ser llenados del Espíritu es llamada en la Biblia "las primicias" (Rom. 8:23), las "arras" o el anticipo (Efe. 1:13, 14) de esa herencia infinita.

Es como si a un viajante en necesidad se le acercara un filántropo y le regalara \$30 millones—suma tan respetable que no cabe en las maletas del viajero. De manera que se le deposita en su cuenta bancaria. El benefactor retira \$100 de la cuenta para gastos de viaje, y se los da al hombre. Cuando éste alaba la bondad de su benefactor, ¿de qué cosa hablará más durante el viaje—de los \$30 millones o de los \$100?



La gracia que está por encima de nosotros es infinitamente mayor que la que pueda haber dentro de nosotros. La justificación se asemeja al vasto océano de agua que cubre y rodea a la pequeña concha. Y la experiencia del Espíritu es como la pizca de agua que contiene la concha.

El pentecostalismo pretende hacer ver que el anticipo de la herencia es mayor que la herencia misma; que los \$100 son un tesoro mayor que los \$30 millones; que la pizca de agua contenida en la concha es más grande que el océano. En todo esto, el pentecostalismo presenta una seria distorsión del mensaje del Evangelio.

3. Lamentablemente el pentecostalismo presenta una separación entre el acto de recibir a Cristo y el de recibir al Espíritu Santo. No sólo deja sobre la mente la impresión errónea de que el Espíritu Santo trae

una bendición mayor y más rica que la que trajo Jesús, sino que, además, a Cristo no se lo presenta como un don completo. La doctrina pentecostal aduce que aceptar el Evangelio es mucho más que simplemente recibir a Cristo como a un Salvador personal. De hecho, la literatura pentecostal subestima frecuentemente a los que sólo conocen a Cristo como Salvador. Pero nos sentimos contentos de confirmar nuestra fe en la toda-suficiencia de Cristo. Conocerle y recibirle como Salvador significa recibir todo lo que Dios tiene para dar. El es ambas cosas: el poder, y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1:24). Tener a Jesús significa tener: sabiduría, justicia, santificación, y redención (1 Cor. 1:30). Buscar una plenitud supuesta afuera o más allá de Cristo, es no sólo una empresa inútil, sino que también constituye una negación enérgica del Evangelio. Esta fue la herejía que amenazó a la iglesia de Colosas. Pero Pablo reafirmó ante la iglesia la toda-suficiencia de Cristo. "Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y en él estáis cumplidos". Col. 2:9, 10. Por lo tanto, poseer a Cristo significa poseer todo lo de la Deidad en él. En toda su infinita plenitud, el Espíritu mismo le es dado a todo creyente—en Jesucristo. Todo lo que Cristo tiene pertenece a los que están "desposados" con él. Por consiguiente, el Evangelio de Cristo es el Evangelio completo. El ofrecer a Cristo más alguna cosa adicional significa judaizar con "otro evangelio" (Gál. 1:8).

4. El pentecostalismo hace del bautismo en Cristo y del bautismo en el Espíritu dos eventos completamente diferentes. Propone que la iglesia se compone de cristianos ordinarios ("carneles") y de cristianos llenos del Espíritu—como si la iglesia fuera una de esas naves que tienen asientos para pasajeros de primera y de segunda clases. Pero la iglesia es una nave de primera clase únicamente. Tenemos sólo "un Señor, una fe, un bautismo" (Efe. 4:5).

"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". 1 Cor. 12:13.

Jesús ordenó a sus discípulos:

"Por tanto, id, y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. . . ." Mat. 28:19

El bautismo "común" de los cristianos es, por lo tanto, el bautismo del Padre; es el bautismo de Cristo, y es el bautismo del Espíritu Santo. Al proponer otro bautismo y otra experiencia, el pentecostalismo se aparta del Evangelio de Cristo y proclama que ni Cristo ni la justificación en él son dones completos del Padre.

Cuestionario

Antes que usted lea la próxima sección de la presentación del Seminario, le invitamos para que se pruebe a sí mismo contestando tres breves preguntas:

- | | SI | NO |
|---|--------------------------|--------------------------|
| 1 ¿Cree usted que la gracia de Dios que obra en su corazón puede hacerle aceptable a la vista de Dios? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 2 ¿Cree usted que Cristo, como Persona divina, puede habitar en su corazón? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |
| 3 ¿Cree usted que el Cristo que mora en el corazón puede hacer las buenas obras del cristiano completamente aceptables a Dios? | <input type="checkbox"/> | <input type="checkbox"/> |

Antes de cotejar sus respuestas comparándolas con la clave que se encuentra en la página 20, lea "Los Grandes Argumentos de la Reforma" (artículo que sigue).



Los Grandes Argumentos de la Reforma

El Nuevo Testamento presenta dos aspectos de la obra de Dios:

Número 1 — La obra de Dios **por nosotros** en Cristo.

Número 2 — La obra de Dios **en nosotros** mediante el Espíritu Santo.

El Número 1 es lo que Dios hizo **afuera de** nosotros en la Persona de Cristo. Esto es el Evangelio—el acto de la redención de Dios en Jesús. El Número 2 es lo que Dios hace **dentro de** nuestros corazones me-

dante el Espíritu Santo. Esto es el fruto del Evangelio, por cuanto la fe en el Número 1 trae el Espíritu Santo al creyente.

El Número 2 nunca debe confundirse con—ni tampoco divorciarse de—el Número 1. Al paso que la fe debe descansar sobre la obra objetiva de Dios en Cristo, la fe siempre trae el Espíritu Santo con Su obra renovadora y santificadora al corazón de los hombres.

Una ilustración común de esta importante relación la tenemos al tratar de balancear una vara en uno de nuestros dedos. Usted podrá mantenerla en balance

sólo mientras tenga sus ojos fijos sobre la parte superior de la misma. El movimiento de su dedo será algo que sucederá naturalmente, casi inconscientemente. Por otro lado, si comienza a fijarse en lo que su dedo está haciendo, la vara perderá el balance y caerá finalmente.

A medida que el creyente dirija su mirada hacia lejos de sí, a Cristo, y se regocije en lo que Cristo ha hecho por él, y en lo que Cristo representa para él, el Espíritu de Dios habitará en su corazón y continuará transformando su vida. Pero si el creyente comienza a hacer de su experiencia el centro de su atención, perderá el balance de la verdadera fe cristiana.

La tendencia de la naturaleza humana es la de hacer de los aspectos subjetivos del cristianismo el punto focal de su atención. Esto fue lo que sucedió en la iglesia primitiva; se perdió de vista el gran mensaje paulino de la justificación por la obra de Dios efectuada afuera del hombre. Aún en las enseñanzas de los padres de la iglesia post-apostólica, la verdad de la justificación por la fe no ocupaba un lugar prominente. La iglesia comenzó a fijarse más y más en la experiencia de la santificación. De hecho, se llegó a considerar a la justificación como solamente un paso inicial que daba comienzo a la vida cristiana. La poderosa verdad acerca de la justificación quedó subordinada a la santificación, la que se tenía como una bendición más elevada que la justificación. El foco de la atención se alejó del Evangelio hacia el fruto del Evangelio; se alejó de la experiencia de Cristo hacia la experiencia cristiana; y de lo objetivo hacia lo subjetivo.

A medida que la iglesia perdía la verdad objetiva del Evangelio, se centralizaba, cada vez más, en el experiencialismo religioso. La búsqueda de una experiencia religiosa extraordinaria llegó a ser la gran pasión de la iglesia medieval. Los hombres hacían toda suerte de cosas extrañas y fantásticas a fin de obtener lo que ellos suponían ser una experiencia religiosa exitosa. La sociedad estaba tan sumergida en el subjetivismo religioso que no se lograba ningún avance científico ni sociológico. La civilización retrocedía bajo la influencia de la así llamada enseñanza cristiana. A través de toda Europa, veíanse hombres cargando cruces, o sentados sobre elevados postes, esperando que allí les llegara alguna visión rara de Dios y de la verdad. El pueblo salía en peregrinajes inútiles, veneraban reliquias "santas" e incurrían en las más increíbles supersticiones. El cristianismo llegó a ser el gran pozo séptico de la ignorancia y la fantasía tanto como del estancamiento social.

Y en el corazón de toda esta corrupción radicaba la doctrina de la iglesia medieval acerca de la justificación. Sorprendentemente la iglesia no abandonó expresiones tales como *justificación* y *salvación por gracia*. Los teólogos usaban libremente las palabras de Pablo (como también hoy día), pero las palabras claves del Evangelio de Pablo (*justificación, gracia, fe* y etc.)

habían evolucionado con un nuevo y distinto significado. *La justificación* había perdido su significado objetivo, forense. En lugar de significar lo que Dios había hecho afuera del hombre al declararlo justo, adquirió el significado de ser el poder renovador de Dios y el acto de la santificación en el mismo corazón del hombre. (De modo que el aspecto Número 1 y el Número 2 se entremezclaron confusamente.) En lugar de interpretarse como una disposición de favor y misericordia que existe en el corazón de Dios hacia el pecador inmerecedor, *la gracia* justificante adquirió el significado de una cualidad que Dios da para adornar el corazón humano. **La doctrina clásica de la iglesia declaró que los hombres eran justificados por la obra de Dios en su propia experiencia y corazones.** En fin, se enseñaba la justificación mediante el Número 2 y no por el Número 1.

La Reforma Redescubre a Pablo

A Martín Lutero se lo conoce como el maestro de la enseñanza más clara en la justificación por la fe, después del apóstol Pablo. Rechazó completamente la enseñanza de la Iglesia en el sentido de que la obra de Dios dentro del hombre es lo que le da calificación para ser aceptable a la vista de un Dios justo. Vió que ningún hombre podía tener suficiente justicia o gracia dentro de su corazón para enfrentarse a Dios con una conciencia tranquila, y que ninguno podía tener seguridad de salvación si había de basar la misma sobre su propia experiencia. Lutero descubrió que la gracia que justifica no es una cualidad que Dios infunde en el alma, sino el favor que Dios concede a los perdidos pecadores, los cuales no se lo merecen. La gracia de Dios en el corazón del creyente—decía Lutero—no es el fundamento del cristiano. El fundamento es—decía él—la gracia de Dios en Cristo. El vivir y el morir de Cristo por nosotros—y no Su obra dentro de nosotros—es la única base de nuestra aceptación para con Dios, porque en el momento en que la justificación llega a basarse sobre una experiencia subjetiva, la confianza en Dios y la seguridad de la salvación perecen. El contraste que existió entre la iglesia medieval y la Reforma puede resumirse de la manera siguiente:

Iglesia Medieval

Justificados por la obra de la gracia de Dios en el corazón.

Justificados por la obra de Cristo en nuestros corazones.

La Reforma

Justificados por la obra de la gracia de Dios en Cristo.

Justificados por la obra de Cristo afuera de nuestros corazones; esto es, en la cruz.

El pensamiento medieval era homocéntrico, se centralizaba en la experiencia; era subjetivo. El pensamiento de la Reforma era cristocéntrico, se centralizaba en la cruz; era objetivo.

Los reformadores no negaron la obra interna del Espíritu Santo que renueva y santifica los corazones de los hijos de Dios. Percibieron con claridad que primeramente debemos ser justificados por la fe en la obra efectuada ya completamente afuera de nosotros. Entonces la conciencia sería limpiada, el corazón hallaría la paz con Dios, y de la bien fundada convicción de estar ya aceptados por Dios, fluiría entonces una vida de buenas obras.

La Naturaleza del Hombre Cristiano

El creyente en Cristo, ¿es un pecador o un santo? ¿Le hace la gracia cada vez más y más justo, y menos y menos pecador? ¿Quedan manchadas de pecado y de imperfección humana las buenas obras del hombre lleno del Espíritu?

Aunque la Reforma tenía un concepto mucho más claro tocante a la naturaleza radical de la corrupción humana, Roma y los reformadores estaban de acuerdo en que el hombre nace con una naturaleza corrupta y pecaminosa.

La iglesia medieval pensaba de la gracia en términos de una virtud que se infundía para cambiar y transformar la naturaleza pecaminosa del hombre. Se decía que mediante este cambio transformador dentro de él, el creyente era hecho justo a la vista de Dios. Y a medida que éste recibía más y más gracia, se decía que el creyente llegaba a ser menos y menos pecador y, por ende, más y más justo a la vista de Dios. Según este criterio, las buenas obras eran efectuadas en el creyente mediante el Cristo que moraba en él, y, por consiguiente, se pensaba que éstas eran totalmente aceptables y agradables a Dios. Roma sostenía ante los hombres el aserto de que se podía alcanzar inmaculada pureza e impecabilidad (perfección ontológica), y que los que alcanzasen esta perfección y llegasen a la santidad quedarían listos para entrar en el cielo a la hora de su muerte. Los que no llegaran a ser perfectos y completamente impecables en la carne, necesitarían ir al purgatorio después de la muerte antes de calificarse para entrar en el cielo.

Por otro lado, los reformadores dijeron que Dios justifica al impío que cree en Cristo (Rom. 4:5), y que Dios cubre al pecador con el manto de la justicia de Cristo, y que, por lo tanto, el creyente es aceptado como justo y recto, no debido a que se vierta cierta gracia o justicia dentro de él, sino por virtud de la justicia que se coloca sobre él mediante la imputación de la vida impecable de Cristo. No hay tal cosa—decían ellos—como que el creyente sea cada vez más justo, porque ya es completamente justo delante de Dios.

No hay tal cosa como grados de justicia para Dios—decían. O el hombre es completamente justo para con Dios o no lo es. Al hombre se lo acepta completamente o no se lo acepta del todo. Así fue como la posición relativista de Roma quedó completamente rechazada.

Y más todavía; los reformadores decían que la gracia no cambia la naturaleza pecaminosa de los creyentes. La naturaleza pecaminosa es tan desesperadamente perversa que no se la puede reformar mediante todos los esfuerzos que puedan hacerse, ya sea con o sin gracia. Mientras dure esta vida, esta naturaleza será pecaminosa. Y por el mal congénito de la “carne de pecado”, no hace diferencia que el hombre sea cristiano o no. Con todo, los reformadores sostuvieron que el Espíritu Santo trae al pecador justificado una nueva naturaleza, un nuevo hombre creado en justicia y en santidad verdadera (Efe. 4:24). Por consiguiente, el cristiano posee dos naturalezas—la vieja naturaleza, a la que se llama “carne” porque es nacida de la carne; y la nueva naturaleza, a la que se llama “espíritu” porque es nacida del Espíritu (Juan 3:6). Y estas dos naturalezas son contrarias la una a la otra. El Apóstol Pablo dice: “. . . la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisiereis”. Gál. 5:17. Y en otro pasaje paralelo a éste, el apóstol describe la realidad de las dos naturalezas o tendencias dentro del santo justificado:

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena. De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”. Rom. 7:15-25.⁶

Para los reformadores no existía tal cosa como que el creyente se hacía cada vez más y más justo; ni tal cosa como que la antigua naturaleza del creyente se hacía menos y menos pecaminosa. Lutero acuñó una expresión en Latín para describir la condición del hombre cristiano: *simul justus et peccator* (justo y pecador al mismo tiempo).

⁶Los teólogos católicos romanos sostenían indefectiblemente que este pasaje de Romanos 7 describe la experiencia de un hombre inconverso. Pero los reformadores dijeron: No es así, lo que aquí se describe es a un hombre en la cúspide de una experiencia en el Espíritu.

El cristiano no vive tratando de reformar la carne, y menos aún tratando de purificarla de su corrupción, sino que se sobrepone a esto y camina en un nuevo estado en Cristo. Este es el tema del pensamiento paulino en Romanos 8. El creyente no vive "en la carne", sino "en el Espíritu". Es decir, sigue los deseos, las insinuaciones y los dictados del Espíritu; y mediante el poder del Espíritu que obra en su corazón, se niega a sí mismo, lucha contra los deseos y las inclinaciones de la carne y los pone a muerte. Y así es como el cristiano es llamado a una vida de contrariedades (Rom. 8:10-18; 1 Ped. 4:1, 2), a una constante batalla contra la naturaleza pecaminosa. El Espíritu no se le concede para librarle del penoso conflicto, sino para sostenerle de triunfo en triunfo en este conflicto hasta el fin.

"... también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, es a saber, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Empero si lo que no vemos esperamos, por paciencia esperamos". Rom. 8:23-25.

De modo que, el creyente es siempre un santo y siempre es un pecador. En Cristo, es completamente justo, aunque en sí mismo (debido a su naturaleza pecaminosa) es completamente pecador. Tiene paz, pero es una paz en medio de la batalla. Tiene descanso, pero es un descanso con tribulación.

Los reformadores tenían, además, un punto de vista muy diferente al de la iglesia medieval tocante a la cuestión de las buenas obras. Primeramente Dios debe aceptar nuestras personas—decían ellos—aparte de cualquier obra nuestra (Rom. 3:28; 4:4-6). Mientras la iglesia medieval enseñaba que Dios aceptaba a los hombres por sus obras, (que, por supuesto, se hacían con la ayuda de Dios), los reformadores declaraban que Dios acepta nuestras buenas obras debido a que ha aceptado a nuestras personas mediante la fe en el Sustituto Cristo Jesús. Ninguna buena obra de los santos está completamente exenta de pecado—dijeron muchas veces Calvino y Lutero. Es verdad que el Espíritu induce a los cristianos a hacer buenas obras—sostenían—pero la naturaleza pecaminosa del hombre corrompe todas estas buenas acciones con la mancha de la imperfección humana. Las buenas obras son aceptables sólo mediante la misericordia y la intercesión del mérito de Cristo a la diestra de Dios. Ni nuestras personas, ni nuestras obras son perfectas—dijeron los reformadores—pero nuestra Perfección, nuestra Justicia y completa Satisfacción a la ley residen únicamente en Cristo, nuestra Cabeza.

En esta vida, no existe satisfacción total en la experiencia humana. Nuestra justicia para con Dios es sólo por la fe, y no por lo visible de una experiencia personal. Cristo es nuestra Justicia. Y Su Persona no está en la tierra, sino en el Cielo. Ahora somos justos por

la fe. Pero la esperanza mira hacia la venida de Cristo cuando seremos completamente justos por naturaleza, como los ángeles. La fe pertenece al "ahora", y la esperanza, al "aún no" (1 Juan 3:2). La fe mira hacia la cruz, a lo que ha sido hecho a nuestro favor. La esperanza mira hacia el glorioso futuro que habrá de cristalizarse cuando Cristo venga. En este intervalo de espera, entre la primera y la segunda venida de Cristo, la esperanza refresca a la fe. La fe reprime a la esperanza cuando trata de traer el "aún no" al "ahora". Por la fe, el cristiano sabe que el pecado, la naturaleza pecaminosa, la muerte y Satanás ya han sido vencidos; pero todavía siente al pecado interno y al demonio externo, y ve la muerte a diestra y siniestra. Si esto no fuera así, no habría necesidad de pelear la buena batalla de la fe. Pero, mediante el Espíritu, espera y gime anhelando la llegada del día cuando el pecado, la muerte y el demonio queden abolidos como enemigos y amenazas visibles.

CLAVE PARA CONTESTAR EL CUESTIONARIO DE LA PAGINA 16

Pregunta 1. Roma dice "Sí" y la Reforma dice "No".

Nota: Para hacernos aceptables ante Dios se requiere infinitamente más gracia que la que jamás pudiera contenerse en nuestros corazones. Somos justificados por la gracia de Dios en Cristo.

Pregunta 2. Roma dice "Sí" y la Reforma dice "No".

Nota: Cristo, como Persona, habita en el cielo a la diestra de Dios. Mientras estamos presentes en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (véase 2 Cor. 5:6; y Ecl. 5:2). Él está presente en Su Palabra y por Su Espíritu. Y así es como él habita en nuestros corazones—por la fe. No adoramos al Cristo que habita dentro de nosotros, sino al Cristo que habita fuera de nosotros. Más aún, nuestra justicia para con Dios está en la Persona de Cristo (Isa. 45:24, 25); y esta justicia que nos justifica no está dentro de nosotros, sino afuera de nosotros—en la Persona de Cristo, que está en el Cielo.

Pregunta 3. Roma dice "Sí" y la Reforma dice "No".

Nota: Dios se agrada de las buenas obras que sus hijos hacen por lo que éstas significan—que le aman y le sirven con corazones agradecidos. Sin embargo, estas buenas obras no forman parte de la justicia que les justifica delante de Dios. No es meramente el habitar Cristo en el corazón del creyente lo que hace aceptables las buenas obras para con Dios, sino la intercesión meritoria de Cristo ante el Padre (véase Heb. 13:21; 1 Ped. 2:5). La fe debe extenderse más allá de lo que Cristo puede hacer dentro de nosotros; debe basarse en lo que él hace por nosotros mediante Su intercesión.



El Reavivalismo Protestante, el Pentecostalismo y el Retorno a Roma

El redescubrimiento del mensaje objetivo de San Pablo acerca de la justificación por la fe, en el siglo dieciséis, invadió la conciencia del hombre con tal furia tempestuosa que cambió el curso de la historia. El movimiento protestante fue fundamentado sobre una restauración de la primacía, de la supremacía y de la toda suficiencia de la justificación por la fe.

Nadie debe contender diciendo que el movimiento protestante recobró completamente la pureza de la fe apostólica. Los reformadores no siempre estaban de acuerdo entre sí; no siempre eran consistentes en todas las áreas. Y resultaba irrazonable esperar que la iglesia abandonara de golpe cada error de la Era

del Oscurantismo. Pero a pesar de estas diferencias e inconsistencias, los reformadores estaban absolutamente unidos en la doctrina de la justificación por la fe—en su significado objetivo y en su primacía absoluta dentro de la fe cristiana.

Ya hemos hecho la observación de que existe en la naturaleza humana la tendencia a gravitar desde la plataforma objetiva del Evangelio hacia el subjetivismo religioso; de cambiar el foco central de la experiencia de Cristo a la experiencia del cristiano. Esto fue lo que sucedió en la “gran apostasía” de la iglesia primitiva. La misma evolución ha ocurrido dentro del protestantismo.

El Error de las Sectas

Aún antes de que los reformadores salieran del escenario, dentro del movimiento protestante comenzaron a desarrollarse ciertas sectas y a apartarse de las iglesias originales. Las sectas decían que Lutero había tenido un buen comienzo al reavivar la doctrina de la justificación por la fe, pero existía entre ellas el sentimiento de que Lutero tan sólo llegó hasta la mitad del camino y que ellas debían ir más allá, alcanzar mayores alturas. Generalmente estas sectas no carecían de alguna verdad. Con frecuencia enfatizaban alguna cosa que había sido descuidada por las iglesias de la Reforma. Pero Lutero pudo discernir que habían fallado en no apreciar debidamente la Magna Carta del protestantismo—la justificación por la fe—y, en lo que a él concernía, si esto estaba mal, todo lo demás, también. “Quienquiera que se aparta del artículo de la justificación, no conoce a Dios y es un idólatra”—escribió Lutero. “Porque siempre que este artículo se removió, nada quedó, sino error, hipocresía, impiedad e idolatría, aún cuando pareciera estar a la altura de la verdad, del culto de Dios, de la santidad, etc.” —*What Luther Says* (St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1959), Vol. II, págs. 702-704.

Estos maestros sectarios no negaban la justificación como un paso inicial de la vida cristiana; su error consistía en la antigua relegación de la justificación por la fe a algo mediante lo cual el creyente hace un comienzo y luego se encamina hacia otras cosas más elevadas. Para ellos, la justificación por la fe no era el centro. Su atención estaba fija en su propia experiencia y, apartados de la experiencia de Cristo, se alejaron de lo objetivo hacia lo subjetivo. Lutero comprendía cuál era la mentalidad de ellos, y dijo:

“Porque la gente dice: ‘Oígame, este hombre no predica nada más que el bautismo, los Diez Mandamientos, el Padre nuestro y la fe—cosas que aún los niños conocen en estos días. ¿Por qué será que siempre retiene en nuestros oídos con el mismo sermón? ¿Quién no puede hacer esto? Uno no debe quedarse para siempre con la misma cosa, sino que debe progresar y seguir hacia adelante (dicen las sectas). Querido pueblo, ustedes han vuelto a escuchar el mismo mejunje que han oído por tanto tiempo; pero ustedes deben elevarse sobre esto.’ ” —*Ibid.*, Vol. III, pág. 1268.

En el tiempo de los reformadores, los munzeritas y los anabaptistas radicales dieron gran preeminencia a la obra y a los dones del Espíritu. Su clamor era: “¡El Espíritu! ¡El Espíritu! ¡El Espíritu!”, pero Lutero les decía: “Yo no voy a donde les lleva su espíritu.” Estos eran los carismáticos del siglo dieciséis.

Y también estaba Osiander, quien primeramente fue un discípulo y colaborador de Lutero y luego se desligó de la enseñanza de la justificación mediante una justicia imputada (de afuera) y comenzó a ense-



ñar que el creyente es justificado mediante la habitación de Cristo con Su justicia esencial en el corazón del creyente. Lutero y Calvino reconocieron que la enseñanza de Osiander—en principio—constituía un retorno a la idea católica romana de la justificación. Algunas de las sectas se apartaron del Evangelio al tratar de ir más allá de la justicia por la fe, buscando un estado de absoluta impecabilidad en esta vida mortal, aquí en la tierra. Los reformadores pudieron reconocer que esto era sólo perfeccionismo católico romano bajo un nuevo disfraz.

Después de los reformadores, el movimiento protestante atravesó por un período conocido como el de la ortodoxia protestante. Se refutaban las herejías mediante una cuidadosa definición y redefinición de la fe protestante. Se desarrolló la tendencia de intelectualizar la fe; y aunque se produjo alguna teología buena durante este período, la ortodoxia engendró una fe estéril y una iglesia muerta.

En Alemania se levantó el pietismo como reacción contra la ortodoxia muerta de la iglesia Luterana. No puede negarse que muchos de los líderes pietistas eran hombres píos y fervientes, cuyo testimonio logró efectuar algún bien. Pero la tendencia definitiva del pietismo era la de distorsionar el Evangelio objetivo con un énfasis exagerado en la experiencia. Gran parte del pietismo alemán recuperó el espíritu de los místicos católicos y se asemejó a éste en sus devociones cristianas sentimentales (y hasta amaneradas).



El Wesleyanismo

La Inglaterra del siglo dieciocho fue testigo de un movimiento notable decididamente reaccionario contra el formalismo muerto de la Iglesia de Inglaterra. La iglesia había perdido en extenso grado la verdad de la justificación por la fe. Eran los días de los pastores cazadores de zorras que amaban más a sus perros que a sus rebaños. Era un tiempo que se caracterizaba por un aumento de la clase trabajadora—una clase sin instrucción religiosa y que estaba muy fuera del alcance de una iglesia indiferente. Probablemente Juan Wesley fue el hombre más sobresaliente del siglo dieciocho en el mundo entero. Fue uno de los evangelistas itinerantes más exitosos desde los días del apóstol Pablo. Su efecto sobre toda la nación de Inglaterra (especialmente sobre la clase obrera) fue tan notable que algunos le atribuyen haber salvado a Inglaterra de una revolución similar a la que devoró a Francia.

Juan Wesley creía en la justificación por la fe y la enseñaba con poder. Sin embargo, su "traje de galas" era la santificación. Había quedado profundamente influenciado por el pietismo moravo y por algunos de los grandes místicos católicos. El énfasis de Wesley en la santificación llegó a ser tanto la fortaleza como la debilidad del movimiento Metodista. Fue la fortaleza del metodismo porque dicho énfasis era grandemente necesitado. Entre muchos, la doctrina de la justicia imputada había sido pervertida con el antinomianismo. Se hacía del concepto reformado de la justicia imputada una excusa para toda clase de impiedad.

Como un Juan Bautista, Wesley puso el hacha a la raíz del árbol y exigió frutos que evidenciaran el arrepentimiento. Junto con la justificación mediante la sangre de Cristo, Wesley enfatizó el poder renovador del Espíritu Santo que conforma las vidas a la verdadera obediencia santificada a la ley de Dios, sin la cual ninguna alma podía retener la bendición de la justificación.

El énfasis de Wesley en la santificación era también la debilidad del metodismo. Niebuhr lo señala así:

"... el pensamiento (de Wesley) está arraigado en la doctrina novotestamentaria del perdón y la justificación. Sin embargo, él considera la justificación esencialmente en términos agustinianos, como perdón de los pecados del pasado; y piensa acerca de la santificación como de un estado más elevado de redención". —Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man* (New York: Charles Scribner's Sons, 1949), Vol. II, pág. 180.

Wesley desarrolló, además, una doctrina de completa santificación, más bien conocida como la "segunda bendición" o "perfeccionismo metodista". Propuso que después de la justificación y de un proceso de santificación, el creyente podía recibir por la fe una segunda bendición instantánea que purgaría completamente al alma del pecado innato, capacitando así al

creyente completamente santificado para no sentir cosa alguna, excepto perfecto amor. El dió a esta experiencia el nombre de "una salvación más elevada aún", "inmensamente mayor que la que fue obrada cuando fue justificado" (*Plain Account*, pág. 7). Wesley y sus predicadores urgieron a sus oyentes a que buscasen con toda diligencia esta segunda bendición de la perfección. Estos así lo hicieron y dieron prueba de ello en vidas de ferviente (y hasta frenética) piedad.

Para Pablo y Lutero, la justificación por la fe era toda la verdad del Evangelio. Pero en el Wesleyanismo lo céntrico y la toda suficiencia de la justificación tendían a perderse de vista porque la misma estaba subordinada a la santificación.

Sin embargo, para el crédito y la buena reputación de Juan Wesley, puede decirse que, aunque él les predicó esto a otros, hasta el día de su muerte confesó francamente que no había alcanzado su famosa "segunda bendición". Él siempre la buscó, pero sólo obtuvo la esperanza de lograrla. Era demasiado honesto como para confesar otra cosa que no fuera que todavía sentía el pecado fuertemente dentro de sí—aunque pocos son los que han mostrado su dominio sobre el pecado innato al estilo cristiano de Juan Wesley. Desafortunadamente, no todos los seguidores de Wesley fueron tan humildes y prudentes como lo fue el gran evangelista. El problema comenzó cuando algunos de ellos pretendieron haber alcanzado la segunda bendición, la de la completa santificación. Algunos eran predicadores, y cayeron prontamente en la tentación de imaginarse que eran superiores a Wesley. En consecuencia, el gran reavivamiento metodista quedó plagado y embarazosamente agravado por el fanatismo. El problema no salió a relucir mientras los metodistas buscaban la perfección; brotó cuando algunos reclamaron haberla alcanzado.

También debemos decir esto a favor de Wesley: la mayor parte de su labor concentrábase en la predicación del Evangelio a los perdidos. Como resultado de ello, veíase obligado a dedicar la mayor parte de su tiempo y energías a predicar la justificación por la fe a los pecadores. Esto fue una bendición providencial, puesto que así el evangelista mantuvo un mejor balance. La misma cosa no puede decirse de todos los hijos espirituales de Wesley.

El Reavivalismo Americano y el Movimiento de la Santidad

El protestantismo americano entre los siglos dieciocho y diecinueve vino a ser, en gran medida, el heredero del fervor religioso del metodismo. América desarrolló su propio estilo y su propia rúbrica en materia de reavivalismo. Esto se adaptaba muy bien al temperamento nacional y era moldeado inconscientemente por el espíritu de la frontera.

La vida fronteriza era ruda, violenta y excitante. Algunas de las personas que habitaban en las fronteras conocían muy poco de iglesias o predicadores, valores que veían una sola vez al año en una gran reunión de reavivamiento bajo carpa. Así como se recogía una vez al año a los becerros para marcarlos, de igual forma se hacía necesario congregarse a la juventud creciente a fin de "salvarla", al paso que los mayores sentían la necesidad de una buena "limpieza" en la reunión anual de reavivamiento. Como bien ha dicho Vinson Synan:

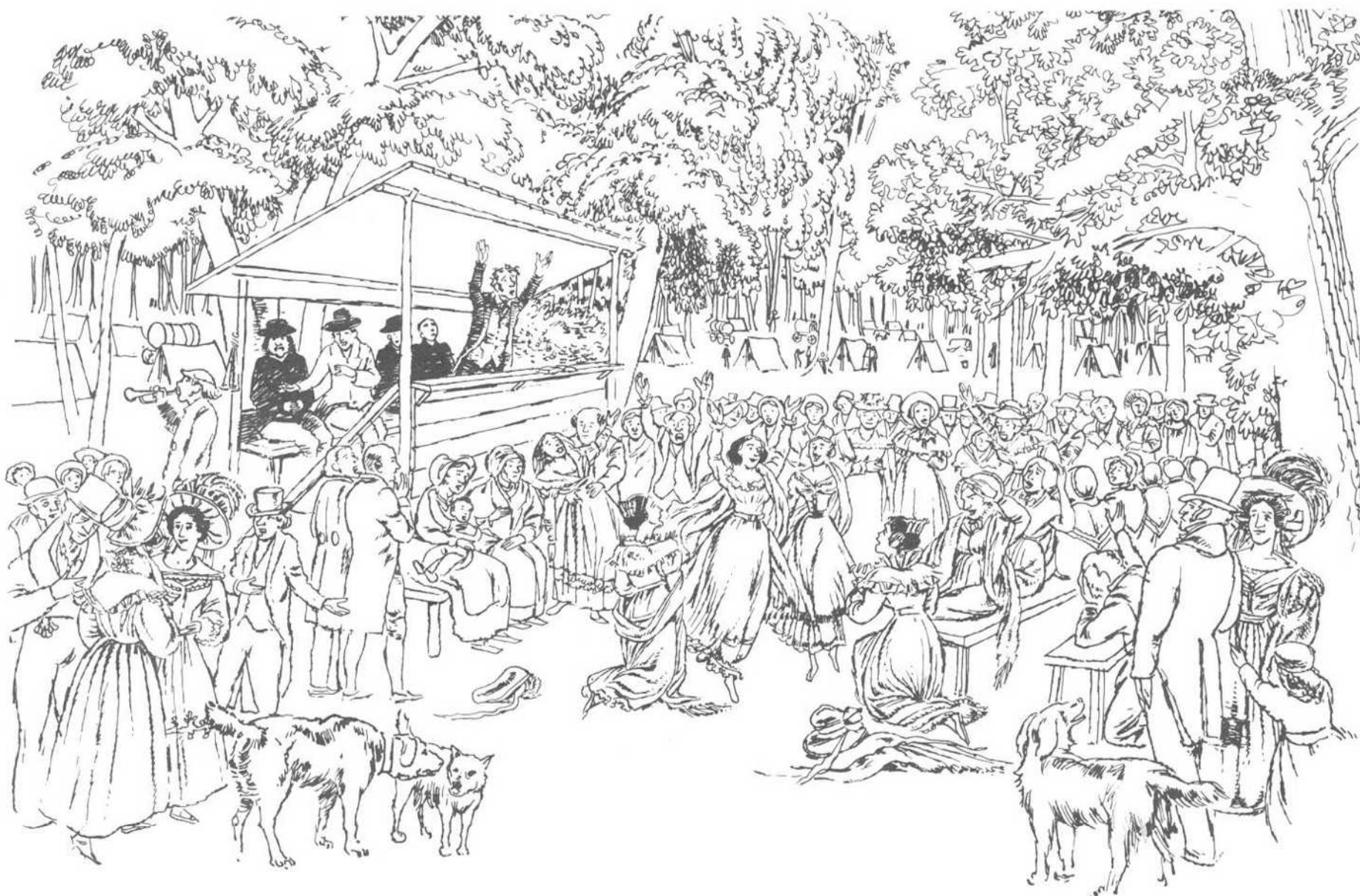
"Los que asistían a semejantes reuniones campestres. . . generalmente esperaban que sus experiencias religiosas fueran tan vívidas como la vida fronteriza que les rodeaba. Acostumbrados a 'romperle la crisma a los osos y a pelear contra los indios', recibían su religión con gran excitación y colorido". —Vinson Synan, *The Holiness-Pentecostal Movement in the United States* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans' Publishing Co., 1971), pág. 25.

Algunas veces se acompañaba el fervor religioso con grandes excesos emocionales, tales como "histerismo santo", caídas, convulsiones, "risa sagrada", ladridos como de perro y "bailes salvajes a semejanza del que David ejecutaba delante del Arca del Señor".

En el siglo diecinueve, allá para el 1850, Charles Finney era un evangelista tan famoso, que los reavivamientos a su estilo llegaron a considerarse como la religión nacional de América. La *Teología Sistemática* de Finney (que todavía se considera como uno de los manuales más utilizados en la teología de las iglesias pentecostales de hoy día) es muy crítica hacia Lutero y Calvino con respecto a su enseñanza de la justificación por la fe a través de una justicia imputada. El énfasis predominante de Finney es la santificación y la obra de Dios dentro de la experiencia humana—un énfasis que no es ni paulino ni reformado. Su predicación conducía a las multitudes hacia una experiencia de crisis emocional, y hacia la búsqueda de una santidad que resultara aceptable a Dios.

En todas estas influencias reavivalistas, predominaba el énfasis de encontrar a Dios en una experiencia emocional, interna y perceptible dentro del corazón. Se prestaba muy poca atención al concepto de ser aceptados ante Dios por la fe en una experiencia y en una justicia no propiamente nuestras—a saber, las mismas que están afuera de nosotros, en la Persona de Cristo. El reavivalismo americano era por demás subjetivo antes que objetivo, estaba centralizado sobre la experiencia más que sobre el Evangelio.

A mediados del siglo pasado, en la Iglesia Metodista (que para entonces era la más grande iglesia de los Estados Unidos) resurgió un notable interés por la doctrina de la "segunda bendición". Como lo escribe Synan: "La idea optimista de que se podía encontrar la perfección pareció satisfacer al optimismo general que prevalecía en la sociedad americana". —*Ibid.*, pág. 22. "Era cierta clase de trascendentalismo evangélico que florecía en el idealismo de una América joven y



Escena ilustrativa del campamento celebrado en Cane Ridge, Kentucky, en 1801.

creciente". —*Ibid.*, pág. 30. "Por lo tanto, la década de 1840 atestiguó un verdadero diluvio de enseñanza perfeccionista en la Iglesia Metodista. Pastores, líderes, obispos y teólogos conducían al movimiento, dándole respetabilidad institucional e intelectual". —*Ibid.*, pág. 28.

Esta tendencia se desarrolló también en otros cuerpos protestantes, y para el 1869 ya se conocía "El Movimiento de la Santidad". Una serie de publicaciones independientes de "santidad" comenzó a brotar a todo lo largo y todo lo ancho del país. Dicho movimiento se extendió hasta Inglaterra y halló su expresión en la renombrada Convención de Keswick.

El énfasis que se popularizó en el Movimiento de la Santidad giraba en torno a la vida victoriosa y llena del Espíritu. Su punto focal no era la justificación ni la conversión, sino el logro de una experiencia empírica de santidad total y de perfección absoluta subsiguientes a la conversión. Boardman, Inskip, A. B. Simpson, Torrey y Andrew Murray eran sólo algunos de los más conocidos escritores y líderes del movimiento. El libro de Hannah W. Smith (*The Christian's Secret of a Happy Life*—todavía en circulación), expresa muy bien cuáles eran las aspiraciones de la gente

del Movimiento de la Santidad. Los libros del tipo santificacionista se detectan fácilmente por sus títulos que destacan más a la experiencia que al Evangelio (*La vida victoriosa, Claves para una vida victoriosa, La vida llena del Espíritu*, etc.). La línea de ataque de estos libros es, por lo general, Romanos 7 y Romanos 8: "Sálgase de Romanos 7 y élévase a Romanos 8" (lo cual es decididamente contrario a lo que todos los reformadores enseñaron).

No se puede catalogar la contribución del Movimiento de la Santidad de ser totalmente mala. Pero la naturaleza objetiva de la justificación, del perdón y su valor, nunca fue el centro de su empuje. Estas cosas son allí desvaloradas—y hasta degradadas—por causa de la abrumadora preocupación en la experiencia religiosa y el perfeccionismo. El Movimiento de la Santidad naufraga sobre las rocas del subjetivismo, y debido a esto, se halla más básicamente en armonía con el catolicismo romano que con el protestantismo.

Finalmente, la Iglesia Metodista de la década de 1890 asumió una postura administrativa en contra del Movimiento de la Santidad. Consecuentemente, entre los años 1890-1900, se fundaron veintitrés denominaciones del tipo del Movimiento de la Santidad.

El Movimiento Pentecostal

Hacia fines del siglo diecinueve, muchos de los que estaban en el Movimiento de la Santidad comenzaron a hablar del "bautismo de fuego" y a buscarlo. Un rama del Movimiento de la Santidad fue llamado "La Iglesia de la Santidad Bautizada en Fuego" (originada en el estado de Iowa, en 1895 y dirigida por Benjamín Irwin). Los que recibían "el fuego" frecuentemente gritaban, lloraban, caían en trance o hablaban en otras lenguas. Este "bautismo de fuego" se consideraba como una visitación milagrosa del Espíritu, como algo que era fruto de una santificación total. Los maestros más conservadores del Movimiento de la Santidad rechazaron esta "tercera" bendición de fuego; porque consideraban que el bautismo especial del Espíritu y la segunda bendición eran sinónimos.

Pero los defensores radicales del "fuego" siguieron haciendo impacto dentro del movimiento con predicaciones y publicaciones fogosas, tales como *Carbones vivos de fuego*, que se publicó por primera vez en octubre de 1899. Esta publicación hablaba de "la sangre que limpia, el Espíritu Santo que llena, el fuego que quema, y la dinamita que revienta". No es muy difícil imaginarse las manifestaciones excéntricas y disparatadas que acompañaban a la etapa del reventón en este altiplano religioso. El producto lógico de esta tendencia religiosa fue el Movimiento Pentecostal del siglo veinte, que generalmente remonta sus comienzos hasta el ministerio de Charles Parham en Topeka, Kansas, en 1900. Synan dice:

"El Movimiento Pentecostal surgió como una división del Movimiento de la Santidad, y puede verse como el producto lógico de la cruzada de santidad que estuvo acosando al protestantismo americano durante cuarenta años. . ." —Synan, *op. cit.*, pág. 115.

El Dr. Frederick Dale Bruner dice también:

"Del movimiento mundial de la santidad, nació el Movimiento Pentecostal. El historiador pentecostal, Charles Conn, apunta que 'el Movimiento Pentecostal es una extensión del reavivamiento de la santidad que ocurrió durante la última mitad del siglo diecinueve' ". —Frederick Dale Bruner, *A Theology of the Holy Spirit* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans' Publishing Co., 1970), pág. 44.

Y el notorio autor católico y ecumenista contemporáneo, Kilian McDonnell, precisa:

"Juan Wesley fue padre de mucho del fervor religioso americano del siglo diecinueve: y uno de sus hijos fue el Movimiento de la Santidad que dió origen al pentecostalismo del siglo veinte". —Kilian McDonnell, "The Classical Pentecostal Movement", *New Covenant*, Vol. I, No. 11 (May, 1972), pág. 1. (*New Covenant* es una publicación mensual al servicio del reavivamiento carismático católico y su contraparte en Español se llama *Alabaré*.)

El Movimiento Pentecostal surgió a la vida insistiendo directamente sobre el asunto de que la señal

física de hablar en lenguas era la evidencia del bautismo del Espíritu. Este asunto de las lenguas causó división entre el Movimiento de la Santidad y el Movimiento Pentecostal. Sin embargo, el énfasis fundamental de los dos movimientos permanece idéntico.

El pentecostalismo es el resultado inevitable del reavivalismo subjetivo; es el reavivalismo americano en su óptimo desarrollo. Puede ser que los tipos de reavivamientos que operan en los Estados Unidos no sean abiertamente pentecostales o carismáticos, pero caminan en esa dirección debido a que están supremamente orientados hacia el experimentalismo religioso.

La Tendencia hacia Roma

Durante más de 400 años, muchas influencias han estado obrando dentro del movimiento protestante para erradicar el énfasis objetivo de la doctrina de la Reforma sobre la justificación por la fe. Esto ha sido un retorno al romanismo. Hará cosa de unos pocos años que un renombrado autor católico romano, Louis Bouyer, hizo estas sorprendentes observaciones:

"El reavivamiento protestante. . . evoca los mejores y los más auténticos elementos de la tradición Católica. . ." —Louis Bouyer, *The Spirit and Forms of Protestantism* (Cleveland, Ohio: World Publishing Co., 1964), pág. 186.

"En todo país protestante, vemos que los cristianos que deben su religión al movimiento denominado, por lo general, reavivalismo, están alcanzando un redescubrimiento más o menos completo del catolicismo". —*Ibid.*, pág. 188.

"Los reavivamientos contemporáneos de resultados más valiosos y duraderos, presentan unánimemente una sorprendente analogía con este proceso de redescubrimiento del catolicismo. . ." —*Ibid.*, pág. 189.

". . . la orientación instintiva de los reavivamientos hacia lo católico. . . traería, en esa forma, una reconciliación entre el movimiento protestante y la Iglesia. . ." —*Ibid.*, pág. 197.

Bouyer cierrá su libro dirigiendo un llamado a sus hermanos católicos a fin de que se preparen para el inevitable retorno de "los hermanos separados" bajo la influencia de los reavivamientos contemporáneos. El hecho de que hay muchos reavivalistas que se consideran a sí mismos como anti-católicos no hace diferencia alguna, porque—como señala Bouyer—ellos están sencillamente en tinieblas en lo que concierne a percartarse de que el corazón de su énfasis está en profunda armonía con el catolicismo. Si el lector desea saber qué es lo que piensa Roma acerca de los reavivamientos más populares de hoy día en los Estados Unidos, haría bien en conseguirse la edición de Julio de 1972 del *Catholic Digest*.

Pocos años ha, el estudioso protestante Paul Tillich⁷ hizo el señalamiento de que hemos llegado al "fin de la era protestante".

⁷Tillich no es para nosotros un modelo de cómo se enseña el Evangelio, pero se lo cita aquí debido a su aguda visión de la historia eclesiástica.

“Porque la clase de protestantismo que se ha desarrollado en América no es tanto una expresión de la Reforma, sino que tiene que ver más con los así llamados Evangélicos Radicales. Hay grupos luteranos y calvinistas que son fuertes, pero que se han adaptado a sí mismos, en un grado sorprendente, al protestantismo americano. Este clima no es producto de ellos, sino de los movimientos sectarios. De modo que, cuando vine a América veinte años atrás, la teología de la Reforma era casi totalmente desconocida en el Union Theological Seminary (Nueva York) debido a la existencia de diferentes profesiones de fe, y a que la tradición protestante se conformaba cada vez más con las tradiciones no reformadas”. —Paul Tillich, *A History of Christian Thought* (London: S. C. M. Press, Ltd., 1968), págs. 225, 226. (Tomado de unas conferencias dictadas por vez primera en 1953).

“El conflicto de Lutero con los Evangélicos Radicales resulta especialmente importante para los protestantes americanos debido a que el tipo de cristianismo prevaleciente en América no fue un producto directo de la Reforma, sino el efecto indirecto de la Reforma a través del movimiento radical evangélico”. —*Ibid.*, pág. 239.

La última década ha hecho más que justificar las observaciones de Bouyer y de Tillich. La tendencia hacia Roma ha alcanzado ya el punto de no-retorno: el mismo que han alcanzado algunas embarcaciones en las aguas del Niágara, antes de precipitarse hacia el abismo. Debemos considerar ahora este desarrollo.

El Neo-Pentecostalismo o Movimiento Carismático

Desde 1900 hasta 1960, el Movimiento Pentecostal continuó creciendo separadamente de la corriente principal del protestantismo. Sin embargo, ya para 1960 había logrado reclutar una membresía mundial de cerca de ocho millones de personas. En ese tiempo, hombres tales como el Dr. Henry Van Dusen comenzaron a dar a este movimiento el nombre de “la tercera fuerza” en el cristianismo.

Entonces, cerca de 1960 se operó un cambio repentino. El pentecostalismo comenzó a saltar las vallas denominacionales y a penetrar en las iglesias protestantes de mayor renombre. En su libro *Hablan En Otras Lenguas*, Juan Sherrill escribe: “las paredes se derrumban”. Muy pronto habían miles y luego millones de episcopales, metodistas, luteranos, bautistas, presbiterianos, congregacionalistas y otros protestantes pentecostalizados. Esta fase interdenominacional del movimiento llegó a conocerse como el Movimiento Neo-Pentecostal o Carismático. Ya no más era una denominación separada, sino una experiencia que trascendía todas las fronteras denominacionales. Los que compartían esta experiencia en las diversas denominaciones, se veían a sí mismos como más cercanos unos a otros que a los mismos hermanos no carismáticos de sus respectivas congregaciones. Muchos predijeron confiadamente que esto era el comienzo del más grande reavivamiento jamás conocido en el mundo.

Para fines de la década, el Movimiento Neo-Pentecostal hizo otras dos incursiones espectaculares. Entró en la nueva cultura juvenil, dándose a conocer como El Movimiento de Jesús (The Jesus Movement). (Dicho sea de paso, se estima que el 90% de la gente que integra el Movimiento de Jesús, como se les llama, participan de alguna clase de experiencia pentecostal.) Muchos que pertenecían a la cultura de la drogadicción, se “tripeaban” (estimulaban) ahora con Jesús en sustitución del uso de drogas. Pero la corona del triunfo pentecostal se alcanzó cuando el movimiento entró a la Iglesia Católica, en 1967. Después de un modesto comienzo en los grandes centros de enseñanza católica (Duquesne y Notre Dame), se disemina ahora con rapidez en dicha iglesia, atrayendo el apoyo de los cardenales, de los obispos y de miles de sacerdotes y monjas. Debido a que los católicos romanos están recibiendo la misma experiencia pentecostal que los protestantes, los pentecostales de la antigua tradición han tenido que reevaluar sus opiniones y actitudes hacia el catolicismo romano. Las iglesias pentecostales más clásicas, que por tradición fueron siempre anti-papales, están cambiando su posición por aquello de que “el Pentecostés” ha llegado a Roma.

Aunque el pentecostalismo fue introducido inicialmente en la Iglesia Católica por pentecostales protestantes, halla menos resistencia en los círculos católicos que en los protestantes. De hecho, y como lo señalan ahora muchos autores católicos, el pentecostalismo se siente más en casa dentro de la Madre Iglesia. Se siente como en su casa debido a que el énfasis abrumador del pentecostalismo en una experiencia subjetiva se halla esencialmente en armonía con la tradición de la iglesia romana. El monje benedictino de la Universidad de Notre Dame, Edward O'Connor, establece que:

“Aunque proceden de un trasfondo protestante, las iglesias pentecostales no son típicamente protestantes en sus creencias, actitudes o prácticas”. —Edward O'Connor, *The Pentecostal Movement in the Catholic Church* (Notre Dame, Ind.: Ave Maria Press, 1971), pág. 23.

“... no puede presumirse que el Movimiento Pentecostal representa una incursión de influencia protestante”. —*Ibid.*, pág. 32.

“... los católicos que han aceptado la espiritualidad pentecostal encuentran que ésta se halla totalmente en armonía con su fe y vida tradicionales. La experimentan, no como el préstamo de una religión extraña, sino como un desarrollo connatural y autóctono”. —*Ibid.*, pág. 28.

“... la experiencia espiritual de los que han sido tocados por la gracia del Espíritu Santo en el Movimiento Pentecostal está en profunda armonía con la teología clásica espiritual de la iglesia”. —*Ibid.*, pág. 183.

“... la experiencia del Movimiento Pentecostal tiende a confirmar la validez y relevancia de nuestras tradiciones espirituales auténticas”. —*Ibid.*, pág. 191.

“Mas todavía, la doctrina que se desarrolla en las iglesias pentecostales de hoy día parece estar pasando por una etapa muy similar a la que tuvo lugar en la temprana Edad Media

cuando la doctrina clásica estaba en formación". —*Ibid.*, págs. 193, 194.

Y más todavía, el Neo-Pentecostalismo no constituye una amenaza para desquiciar la fe de los católicos en su iglesia y tradiciones. Dice el sacerdote O'Connor:

"Similarmente, las devociones tradicionales de la iglesia han adquirido un mayor significado. Algunas personas han retornado al uso frecuente del sacramento de la Penitencia por virtud de la experiencia del bautismo del Espíritu. Otros han descubierto un lugar en sus vidas para la devoción a María, pese al hecho de haber sido en lo pasado indiferentes y hasta antipáticos hacia ella. Uno de los efectos más extraordinarios de la acción del Espíritu Santo ha sido el de acrecentar la devoción por la Presencia real en la Eucaristía". —Edward O'Connor, *Pentecost in the Catholic Church* (Pecos, N.M.: Dove Publications, 1970), págs. 14, 15.

La Fase Ecuménica del Pentecostalismo

La década del 1970 nos ha traído a una fase ecuménica del reavivalismo y del Movimiento Carismático. En su edición del 1 de febrero de 1972, la bien conocida revista evangélica americana *Christianity Today* declara:

"El pentecostalismo es la fuerza que parece estar haciendo la mayor contribución en el reavivamiento popular alrededor del globo. Este movimiento, que comenzó hace varias décadas, y que en sus primeros años era de carácter muy sectario, se está tornando ahora ecuménico en el sentido más profundo. Ultimamente ha surgido un Neo-Pentecostalismo que reúne a muchos miles de católicos romanos. . . Una nueva era del Espíritu ha comenzado. La experiencia carismática mueve a los cristianos más allá de la glosolalia. . . Hay luz en el horizonte. Se perfila un renacimiento evangélico a lo largo del camino—desde las fronteras de las sectas hasta los lugares elevados de la comunidad católica romana. Este parece ser uno de los momentos más estratégicos en la historia de la Iglesia".

La edición de mayo de 1972 de *New Covenant* (publicación católica carismática) expone cómo los católicos y los protestantes se unen en una gran hermandad carismática. Proclama que el Movimiento Carismático enarbola la esperanza de sanar la herida del siglo dieciséis. El Dr. Henry Pitney Van Dusen (del Union Theological Seminary), hace su contribución especial comentando como sigue:

"Se dice que la presencia del Movimiento Carismático (pentecostal) entre nosotros está dando origen a una nueva era en el desarrollo del cristianismo. Este nuevo Pentecostés parecerá a los futuros historiadores como una 'verdadera reforma' (en comparación con la del siglo dieciséis) de la cual brotará una tercera fuerza en el mundo cristiano (Católico-Protestante-Pentecostal)". —Henry Pitney Van Dusen, *New Covenant*, *op. cit.*, pág. 19.

Esta unión no se basa sobre la verdad objetiva, sino sobre una experiencia subjetiva. El cristianismo americano se está ahogando en una mar de subjetivismo religioso. La literatura carismática (y con ella incluimos a todo el reavivalismo subjetivo) está infectando la tierra como las ranas de Egipto (véase Apoc. 16:13, 14). Nunca ha existido una masa de literatura tan desprovista del Evangelio de Cristo como ésta. Escasamente se puede encontrar en ella un pensamiento extrínseco y objetivo. En ella todo "se interna, se interna y se interna", y constituye de suyo un retorno al misticismo sentimental, amanerado, medieval. No nos maravilla que uno de los puntos del diálogo entre los líderes pentecostales y los de la Iglesia Católica Romana es la impresionante similitud que existe entre el pentecostalismo y el misticismo católico. El hecho insólito de que la resistencia protestante hacia el pentecostalismo se haya desmoronado ilustra muy bien la decadencia de las iglesias protestantes. Y aún a la misma palabra *protestante* se le da connotación de mala palabra.

Un Cumplimiento de la Profecía

Multitudes se regocijan de que la iglesia está siendo animada por los fuegos del reavivalismo. Y esto no es un afán pasajero, sino el cumplimiento mismo de la profecía bíblica. Si el movimiento protestante no hubiera puesto a un lado el sistema histórico de interpretación profética (adoptado por los reformadores) para adoptar el futurismo (desarrollado por los jesuitas),⁸ hubiera escapado, tal vez, del engaño de estos últimos días.

⁸En un número futuro del *Pregonero de Justicia*, los editores presentarán una documentación completa de la escuela histórica de interpretación bíblica versus la escuela futurista.



Hubo un tiempo en que los protestantes generalmente aceptaban el hecho de que la bestia semejante a un leopardo, según Apocalipsis 13, era un símbolo del papado, que dominó la civilización europea por un período de más de 1,000 años. Armada de la verdad objetiva de la justificación por la fe, la Reforma infligió al "hombre de pecado" una "herida de muerte". Al quebrantar el agarre estrangulador del pensamiento papal, dejó en franca libertad a las naciones (véase Apoc. 13:3). Pero la profecía de Apocalipsis claramente anticipó que habría de operarse una restauración del poder de la Antigua Iglesia para volver a dominar las mentes y esclavizar las conciencias de los hombres. El profeta declara:

"Y obra grandes prodigios, de tal modo que hace descender fuego del cielo a la tierra, a la vista de los hombres. Y engaña a los que habitan sobre la tierra, por medio de las señales que se le ha dado poder de hacer en presencia de la bestia; diciendo a los que habitan sobre la tierra, que hagan una imagen de la bestia que recibió el golpe de espada, y sin embargo vivió". —Apoc. 13:13, 14, Versión Moderna.

"Fuego del cielo. . . a la vista de los hombres". Esta es una admirable y precisa descripción del protestantismo americano atrapado entre los fuegos del falso reavivalismo y del pentecostalismo. El fuego es el símbolo favorito del Movimiento Carismático; y es el símbolo que Dios usa en la profecía para describir a ese movimiento porque es una falsificación del derramamiento del Espíritu Santo. No se trata de verdadero fuego del cielo, sino de una apariencia de fuego del cielo. Es "fuego del cielo. . . a la vista de los hombres". Pero por su influencia, este poder hará "que la tierra y los que en ella habitan, adoren a la bestia primera, cuya herida mortal fue sanada". (Apoc. 13:12, V. M.).

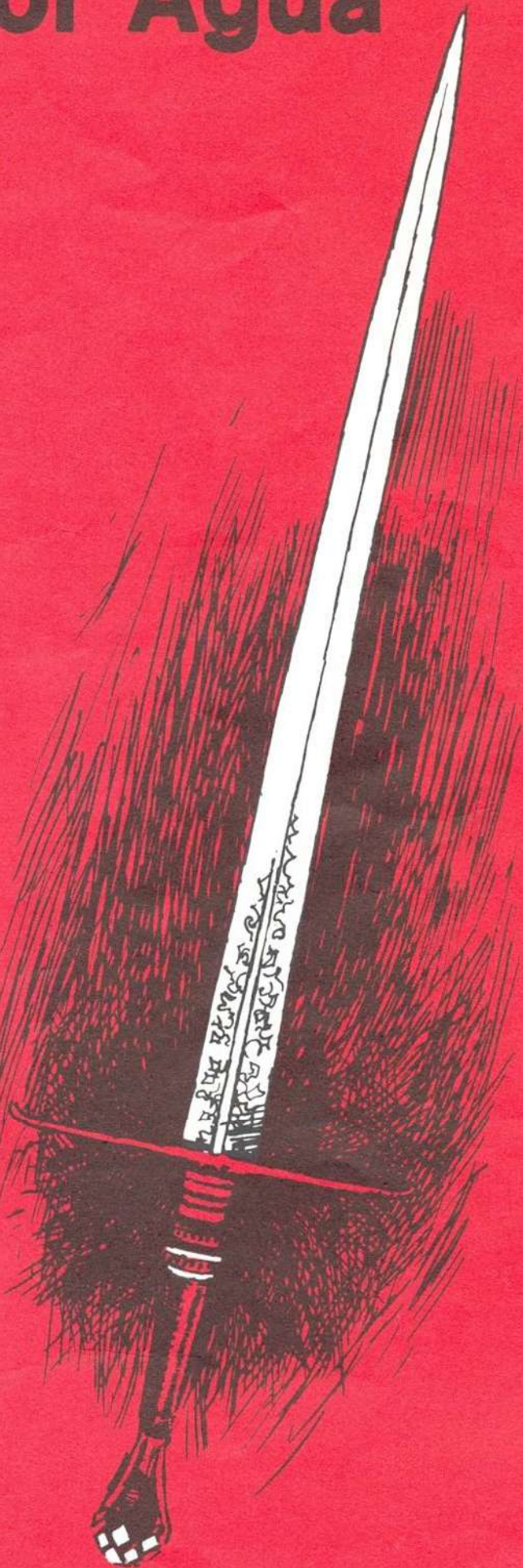
Los últimos días se caracterizarán por los grandes engaños religiosos. Obrando bajo el disfraz de "fuego del cielo" (el bautismo del Espíritu Santo), los "espíritus de demonios" saldrán a "los reyes de todo el mundo habitado, a juntarlos para la guerra del gran día del Dios Todopoderoso". (Apoc. 16:14, V. M., véase, además 2 Tes. 2:8-12).

Ya mismo se considera una blasfemia hablar en contra de las manifestaciones sobrenaturales que se efectúan dentro del Movimiento Pentecostal. Un espíritu de seguridad jactanciosa y de intolerancia arrogante se manifiesta con frecuencia en aquellos que "tienen el Espíritu". La preocupación por la experiencia interna está conduciendo a las multitudes de vuelta a la filosofía religiosa de la Iglesia Medieval. Roma sigue las alternativas del juego; y hasta lee el resultado final. Algunos hombres bien intencionados parecen estar tan paralizados como lo estuvo Melancton cuando no sabía qué hacer—si hablar o no en contra de los entusiastas espiritualistas que vinieron a Wittenberg cuando Lutero permanecía acuartelado en el Castillo de Wartburg. Fue precisamente este asunto lo que indujo al gran reformador a renunciar a toda protección y arriesgar así su vida. Cuando se les concedió una entrevista con Lutero, los líderes del movimiento aquél, llenos del "Espíritu", gritaban: "¡El Espíritu! ¡el Espíritu!" El reformador permaneció decididamente impasible y tronó contra ellos, diciendo: "Yo abofeteo a vuestro espíritu en el hocico". Lutero vió que la gran verdad de la justificación por la fe estaba diametralmente opuesta a estos "profetas alemanes"—como él los llamaba.

Hemos llegado ya al tiempo en que los grandes asuntos del siglo dieciséis han de debatirse nuevamente. Esta vez el conflicto será más severo y será final. Remuévanse ya las líneas demarcatorias denominacionales de antaño, porque una gran reagrupación del mundo religioso es inminente. De una parte habrá una gran unión de los católicos, los pseudoprotestantes y los pentecostales en lo que parecerá ser una gran cruzada para la conversión del mundo. Este movimiento se describe en el capítulo 13 del Apocalipsis. De la otra parte habrá un movimiento de restauración del Evangelio Eterno a su prístina pureza e insuperable poder. Este movimiento se describe en el capítulo 14 del Apocalipsis. En un estudio ulterior, daremos a conocer las características del último gran mensaje de Dios.



Por Sangre y por Agua



La Palabra de Dios es una afilada espada de dos filos (Heb. 4:12). Los dos filos cortantes son: La Ley y el Evangelio. Como lo señala Melancton en su *Apolo-gía de la Confesión de Augsburgo*: "Toda Escritura debe dividirse en estos dos tópicos principales". (Véase *Book of Concord*—St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1957, pág. 32).

Y la Fórmula de Concordia⁹ declara:

"Éstas dos doctrinas componen un armonioso conjunto; se han de enfatizar con justo balance, pero en un orden bien definido y con la distinción debida. Los antinomianos—los que arremeten contra la ley—están justamente condenados. Estos son los que proscriben la predicación de la ley en la iglesia, los que desean que al pecado se lo reprenda, que se enseñen el arrepentimiento y la contrición, pero no desde la ley, sino desde el Evangelio. . . Sendas doctrinas—creemos y confesamos—deberían inculcarse diligentemente en la iglesia de Dios, siempre y por siempre, hasta el fin del mundo". —*Ibid.*, págs. 260, 261.

Pronunciamientos tan claros como éste, no se confinan sólo a las confesiones luteranas, sino que también pueden hallarse en los artículos fundamentales de la Iglesia Anglicana y la Reformada.

Estamos de acuerdo con Edmund Schlink, quien dice: "Así como la ley no puede predicarse sin Cristo, tampoco puede predicarse la obra de Cristo sin la ley." —Edmund Schlink, *Theology of the Lutheran Confessions* (Philadelphia: Fortress Press, 1961), pág. 86. El Evangelio no es glorioso para los que nunca se han detenido frente al Sinaí y—por así decirlo—no han temblado ante la majestad pavorosa de la Ley de Dios. Los que nunca han sentido la fuerza del pecado (que es por la ley—véase Rom. 7:5), nunca podrán apreciar el gozo y la dulzura del Evangelio. Vean cómo el apóstol Pablo usa la ley en el libro de Romanos (cap. 1-3) a fin de preparar nuestros corazones para el oír del Evangelio. Es cierto que los que no escuchan la Ley tampoco pueden oír el Evangelio. No podemos comprender ni apreciar la obra de Cristo efectuada por nosotros separadamente de la Ley.

La Ley de Amor

El fundamento de todo buen gobierno es la ley. Ningún gobierno puede existir sin ley. Y Dios tiene una ley que es la base del gobierno divino. Una palabra es suficiente para resumir esa ley: amor (Rom. 13:8-10).

⁹Publicada en 1584 como una confesión de fe de la Iglesia Luterana.

El amor no es un sentimiento de placer extático. No es un alto vuelo de arrebató religioso; es un principio eterno, o ley, de la vida. Dios no ha confiado a los mortales la misi3n de hacer su propia interpretaci3n respecto del amor. Tan claramente ha mostrado 3l todo su significado pr3ctico que 3nicamente los m3s obstinados podr3an ignorarlo.

Si usted dirige un rayo de luz a trav3s de un prisma de vidrio se descompone para originar los colores del arco iris. Por esto se sabe que la luz es una combinaci3n de los colores del arco iris. As3 tambi3n, cuando se coloca el amor en el prisma de la Palabra de Dios, podemos ver que es una combinaci3n o mezcla de diez principios eternos. Estos diez aspectos del amor permanecen verbalizados en Los Diez Mandamientos:

1. Lealtad. "No tendr3s dioses ajenos delante de M3". Dios es nuestro Creador y Redentor. Por lo tanto, debemos amarle a 3l por encima de todo lo dem3s. El ha de ser siempre el primero, el 3ltimo y el mejor en todas las cosas. El amor es leal.

2. Fidelidad. Al prohibirnos la adoraci3n de un dios de nuestra propia fabricaci3n, el Se3or nos dice: "Yo Soy Jehov3 tu Dios, fuerte, celoso". El es el Marido de su pueblo. El amor requiere fidelidad en nuestro pacto de amarle con una devoci3n que no pertenezca a nadie m3s, sino a 3l. La Biblia usa la relaci3n pactal del matrimonio para representar la clase de fidelidad que el amor a Dios requiere. Los profetas comparaban la infidelidad de Israel para con el Dios Jehov3, el Guardador del pacto, con la prostituci3n y el adulterio. La apostas3a es adulterio espiritual. El amor es fiel.

3. Reverencia. El Nombre de Dios es Santo, y se lo ha de tener siempre en reverencia y temor. La reverencia es el fundamento de toda verdadera adoraci3n. Nada puede Dios hacer con un hombre irreverente. Los reavivamientos populares a menudo pretenden hacer de Dios una persona cualquiera. Dentro del Movimiento Carism3tico, la irreverencia de muchos es blasfemia. De los carism3ticos de su tiempo, Lutero dijo: "Hablan a Dios como si Dios fuera el aprendiz de un zapatero". El amor es reverente.

4. Santidad. El cuarto precepto del Dec3logo fue dado para inculcar e ilustrar la santidad—completa consagraci3n a Dios, santificaci3n, separaci3n y dedicaci3n a Su servicio. La santidad no es un rapto ni tampoco un alto vuelo de los sentimientos religiosos bajo circunstancias extraordinarias. Santidad es hacer la voluntad de Dios; es obedecer confiadamente a Su Palabra. El amor es santo.

5. Respeto a la Autoridad. El quinto mandamiento comprende el respeto, no s3lo a los padres, sino a toda autoridad leg3tima. El amor no es libertinaje ni desorden. No es irrespetuoso hacia los que est3n en posiciones de autoridad mayor que la nuestra. Pablo le advirti3 a Timoteo: "Esto tambi3n sepas, que en los postreros d3as vendr3n tiempos peligrosos: que habr3 hombres amadores de s3 mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes a los padres, ingratos, sin santidad. . ." 2 Tim. 3:1, 2. El amor es respetuoso.

6. Respeto a la Vida. "No matar3s". A semejanza de los dem3s mandamientos, 3ste es por dem3s extenso en su significado. En su serm3n del monte, Jes3s mostr3 que no hab3a venido a debilitar, ni mucho menos a deshacer el Dec3logo, sino a mostrar sus extensas demandas. Estar enojado contra un hermano, sin causa alguna, o injuriarle, significa estar en peligro de juicio y del infierno. El amor buscar3 preservar y promover la vida, no destruirla y matar. Cristo dijo: "El ladr3n no viene sino para hurtar, y matar, y destruir: yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Juan 10:10. Pablo tambi3n dijo: "¿O ignor3is que vuestro cuerpo es templo del Esp3ritu Santo, el cual est3 en vosotros, el cual ten3is de Dios, y que no sois vuestros?" 1 Cor. 6:19. "Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruir3 al tal: porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es". 1 Cor. 3:17. Multitudes de profesos cristianos viven intemperantemente, abusan de su salud e incurren en h3bitos debilitantes, no sabiendo que por todas estas cosas, Dios les traer3 a juicio. El amor preserva la vida.

7. Pureza. El amor es puro. Jes3s nos anticip3 que los 3ltimos tiempos se caracterizar3n por la extensa ola de inmoralidad que existi3 en los tiempos de No3 y de Lot. Escasamente necesitamos que se nos recuerde estar viviendo en medio de una revoluci3n inmoral. Se supone que la iglesia sea la sal que preserve a la sociedad de corromperse m3s, pero, ¿qu3 se puede esperar cuando las profesas iglesias de Cristo se constituyen en una habitaci3n de toda ave sucia y aborrecible? En su edici3n del 5 de enero de 1972, el peri3dico *San Francisco Chronicle* registr3 lo siguiente:

"Ayer, en la Primera Iglesia Congregacionalista, y por un estrecho margen en la votaci3n, fueron bendecidos los homosexuales como sicol3gicamente aptos para ejercer el ministerio. (La resoluci3n para descartarlos fue derrotada en una votaci3n de 68 votos contra 63)".

Si la minor3a de los 63 delegados no se levantaron y desaparecieron de una iglesia como esa, tienen que haber perdido tambi3n todo el sentido de la abominable condici3n de tal iglesia. El amor es puro.

8. Honestidad. El amor es honesto; siempre da una buena medida, apretada y remecida, en abundancia.

9. Veracidad. Jehová es un Dios de verdad, y Su Espíritu es llamado el Espíritu de la verdad. Se nos ordena hablar la verdad en amor (Efe. 4:15).

10. Contentamiento. El corazón egoísta siempre codicia; pero donde hay amor, también habrá "piedad con contentamiento".

Todo esto es el amor: es leal, fiel, reverente y santo. Respetar la autoridad y la vida. Es puro y honesto; veraz y conforme. Los Diez Mandamientos describen la calidad de las personas que Dios tendrá en Su reino. Todo lo que sea contrario y hostil a estos principios eternos de carácter justo, se quedará afuera. El pecado debe definirse claramente, y en Los Diez Mandamientos está tan claramente definido que tanto los indocitos como los entendidos pueden comprenderlo. El pecado es la transgresión de esta Ley (1 Juan 3:4), y la paga del pecado es muerte (Rom. 6:23).

Transgredir el Decálogo es una afrenta a la terrible majestad de un Dios que odia el pecado. Para que Israel conociera algo de la terrible majestad y carácter de Su Ley, Dios les llevó al Monte Sinaí. Mientras dictaba Las Diez Palabras a oídos del pueblo, todo el monte se envolvió en llamas y humo, y la tierra temblaba a la voz del Eterno. El pueblo se hallaba en terror abyecto, y aún Moisés temblaba y se estremecía. El mismo pueblo tuvo que clamar: "No hable Dios con nosotros, para que no muramos". Los pecadores mortales no podían escuchar aquel pronunciamiento; ¡cuánto menos sujetarse a él!

Cuando Dios invitó al pueblo en el Sinaí a que entrara en un pacto con él, ellos declararon confiadamente: "Todo lo que Jehová ha dicho, haremos". Exo. 19:8. Y el Señor dijo a Moisés: "He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado: bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen, y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!" Deut. 5:28, 29. Dios sabía que el corazón pecaminoso del hombre no cumpliría sus mejores resoluciones. En término de pocos días, Israel se olvidó de Dios para involucrarse en la más salvaje orgía religiosa. Y es que, mientras una persona no tenga otra cosa mejor en qué confiar que sus propias promesas a Dios, permanecerá bajo la Ley—sin esperanza de perdón ni de justificación.

El Nuevo Pacto

El nuevo pacto está basado sobre mejores promesas (Heb. 8:6)—no sobre una mejor ley o un mejor gobierno, ni sobre mejores condiciones, sino sobre una promesa fundada en un juramento (Heb. 6:16-18). Un pacto conlleva la involucración de dos partes. El antiguo pacto fue concertado entre Dios y el pueblo. El nuevo pacto fue concertado entre Dios y Cristo (Zac.

6:12, 13). Este pacto es un pacto eterno, un plan que existió desde los días de la eternidad (véase Rom. 16:25).

En el nuevo pacto, Cristo se presenta en el lugar del pueblo; llega a ser el Sustituto y la Seguridad de ellos. A nombre y a favor del pueblo, Cristo hace un juramento a Dios: "Todo lo que Jehová ha dicho, eso haré". Por tal razón ". . . cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer, bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos". (Gál. 4:4, 5).

La justicia es obediencia a la ley. Esto se lo debe el pecador a la ley, pero es incapaz de rendírsela (Rom. 8:3). Con infinita piedad, el Hijo de Dios miró sobre la raza caída, pero no podía salvarla indulgentemente. Si había de salvarla, debía hacerlo en una forma consistente con la perfecta justicia de una ley justa. El escogió someterse por ellos, bajar de Su Trono para ponerse en su lugar y rendirle a la ley todo cuanto ésta requería de ellos. Lo hizo así porque Su amor le condujo por ese camino. Para Cristo, el cielo no era un lugar deseable mientras nosotros estuviéramos sin Dios y sin esperanza en el mundo.

En la Persona de Su Hijo, el Dios eterno vino a este planeta. Se humilló a sí mismo para tomar la forma de hombre, y como un hombre, se humilló hasta convertirse en un siervo; y como un siervo, se humilló a sí mismo hasta la muerte—hasta la muerte de cruz (Fil. 2:5-8).

La segunda Persona de la Trinidad participó de la sustancia y de la esencia de la naturaleza humana **afectada** (pero no **infectada**) por el pecado. Como un verdadero hombre; de hecho, como el Representante del hombre, Cristo vivió la Ley de Dios. El era la Ley, el Verbo, Las Diez Palabras hechas carne; ". . . (y vimos Su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". (Juan 1:14). A nombre nuestro, Cristo rindió a la Ley una vida que se igualaba con sus demandas más amplias. La obediencia de Jesús fue la obediencia que la Ley requería de nosotros. El siempre fue leal ("En los negocios de mi Padre me conviene estar"); era fiel, reverente, santo, respetuoso, puro, honesto, veraz, y conforme.

Las justas demandas de la Ley no podían ser encaradas únicamente por el santo vivir de nuestro Sustituto. Nosotros habíamos pecado y la Justicia demandaba que se ejecutara la pena de muerte. Nuevamente aquí Cristo tomó nuestro lugar para dar a la ley una completa satisfacción en nuestro favor.

Cuando Jesús entró al jardín del Getsemaní, la noche que lo traicionaron, Su alma quedó abrumada por un pesar sobrehumano. El dijo a Sus discípulos: "Mi alma está angustiada hasta la muerte". Dejándoles a la entrada del jardín, se dirigió tambaleante hacia el lugar secreto de oración. Los pecados de todo un mundo se acumulaban sobre Su alma divina como gigantes-

ca montaña hasta que comenzó a sudar grandes gotas de sangre. Fue en un jardín donde el primer Adán vendió la raza a Satanás. Y en un jardín muy diferente del primero, fue donde Jesús tomó la decisión final de salvar a la misma raza.

¡Miradle ahora! El Juez de todos vino a ser el juzgado de todos. En el Edén, Adán culpó a Dios del pecado que él mismo había cometido. Desde entonces, lo mismo ha seguido haciendo todo pecador. Mas Dios ha dicho: "Muy bien, ¡tomaré la culpa!" El Juez se humilla y extiende la invitación a los pecadores para que lo juzguen. Y ellos le juzgaron. Fue arrestado a medianoche como si hubiera sido un animal salvaje. Se lo emplazó ante cortes corruptas, abusaron de él, le escupieron, se mofaron de él, le azotaron y le coronaron de espinas. Cuando Pilatos invitó a los hombres a escoger entre Jesús—el Hijo de Dios—y Barrabás—el ladrón asesino—con grandes gritos eligieron a Barrabás; es como si hubieran dicho: "Barrabás es un santo en comparación con Jesús". Cristo fue juzgado como si hubiera sido una serpiente—como una serpiente maligna y venenosa que no merecía vivir en este planeta. "¡Quita a éste!"—clamaban—"¡Crucifícale, crucifícale!" Y fue conducido así delante de una muchedumbre furiosa para sufrir la más cruel y vergonzosa de las muertes.

El misterio del pecado humano consiste en haber odiado a Jesús "sin causa" (Juan 15:25). Pero más grande aún es el misterio del amor—que él podía amarnos sin causa. Mientras más oscura es la noche, mayor es el resplandor de las estrellas. Su amor por los pecadores se tornaba cada vez más fuerte a medida que ellos intensificaban su odio contra él. Jesús fue levantado de la tierra en una cruz porque la tierra había desechado a su Rey. Y no sólo la tierra lo rechazó, sino también el cielo; porque ahora él era el gran Pecador en el contexto del juicio terrible de Dios. "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado. . ." Juan 3:14. "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él". 2 Cor. 5:21.

Con el transgresor no habita Dios;
Luz para el malo no hubo.
Del Hijo, el Padre la faz ocultó.
¡Triste y amarga noche de humo!

A medida que las tinieblas y el terror de una eterna separación de Dios se arremolinaban en su derredor, Cristo sufría una angustia tan grande que casi no sentía su dolor físico. Este sufrimiento suyo fue un sufrimiento infinito; en comparación con el cual la suma total del sufrimiento de los santos mártires es como nada. Esta fue una humillación infinita, por cuanto no existía ya un lugar más bajo al cual el Rey de la gloria pudiera descender.

El terrible sentido de quedar separado de Dios arrancó de sus labios el horrendo grito: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" La contestación a este clamor se encuentra en Romanos 3—porque "no hay justo, ni aún uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios". Pero nosotros podemos clamar: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué tú me has aceptado?" Y el Evangelio responde: "Porque hay Uno justo, sí, Uno sólo". Dios prometió al profeta Jeremías que si éste hallaba a un hombre justo en Jerusalem, Dios libraría a la ciudad del asedio de los babilonios (Jer. 5:1). Pero más sorprendente aún es el hecho de que Dios se comprometió a salvar al mundo por un hombre justo. Y Cristo eligió ser ese Hombre. Lutero dijo:

"Viéndonos oprimidos y abrumados con la madición de la ley, y retenidos así debajo de la misma a tal grado que nunca habríamos podido librarnos de ella por nuestra propia fuerza, nuestro muy misericordioso Padre envió a Su Hijo al mundo y colocó sobre él los pecados de todos los hombres, diciéndole: 'Sé tú Pedro, el negador; el Pablo aquél perseguidor, blasfemo y cruel opresor; David el adúltero; aquel pecador que comió de la fruta en el Paraíso; el ladrón que colgó sobre la cruz; en fin, sé tú la persona que ha cometido los pecados de todos los hombres; por consiguiente, asegúrate de que pagues y des satisfacción por todos ellos'. Entonces viene la ley y dice: 'Le encuentro pecador. Interpreto que ha tomado sobre sí los pecados de todos los hombres; y no veo pecado, sino sobre él. Por lo tanto: ¡Que muera sobre la cruz! 'Y así, se inclina sobre él y le mata. Por este medio, el mundo entero queda purgado y limpiado de todos los pecados, y también librado de la muerte y de todos los males. Ahora, estando abolidos el pecado y la muerte por este Hombre, Dios no vería nada más en el mundo, sino una mera limpieza y justicia, especialmente si creyera". —Martín Lutero, *Commentary on Galatians* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1930), pág. 272.

En la cruz, Cristo agotó la penalidad de la ley y proveyó perdón. El reconcilió las prerrogativas de la misericordia y la justicia. Dos cosas fueron cumplidas: se mantuvo la integridad de la ley de Dios, y se proveyó salvación para los pecadores. El objeto de la expiación no era sólo la redención de la raza caída, sino que la ley divina y el gobierno de Dios pudieran mantenerse y vindicarse. Ya lo dijo aquel gran autor puritano Flavell: "A la ley de Dios nunca se la honró mejor que cuando el Hijo de Dios se paró ante su tribunal de justicia para hacerle reparación por los pecados de los hombres". La cruz da derecho a Dios de justificar a los pecadores sin detracción alguna de la dignidad o de las demandas de su justa ley.

Habiéndole dado a la ley todo lo que ésta requería de la raza caída, Cristo clamó: "¡Consumado es!" En la cruz, Cristo destruyó al pecado, abolió la muerte, derrotó a Satanás, abrió las puertas del Paraíso y cerró las del infierno. Fue por nosotros que esto se hizo. Su victoria nos pertenece; se aseguró a nombre

nuestro. La encarnación significa que nosotros estábamos en él cuando él vivió y murió. Por lo tanto, nosotros hemos cumplido la ley en él. Si el fanático de fútbol puede gritar "¡Ganamos!" cuando gana su equipo, cuánto más deberíamos nosotros gritar de gozo "¡Hemos triunfado!" a medida que nos identificamos con la vida y la muerte de Jesucristo. Este es el Evangelio. Hemos triunfado—por él y en él. Se nos ha redimido por una perfecta obediencia a la ley de Dios—no la nuestra, sino la de él (entendiéndose que lo Suyo es nuestro). Esta es una victoria eterna. La experiencia cristiana genuina proviene de gloriarse uno en la de Cristo (véase Isa. 53:11; 1 Cor. 1:31).

Por Sangre y por Agua

"Empero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y luego salió sangre y agua. Y el que lo vió, da testimonio, y su testimonio es verdadero: y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis". Juan 19:34, 35

La Sangre. "Luego mucho más ahora, justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira". Rom. 5:9. Los pecadores son justificados por la perfecta obediencia de Cristo y la satisfacción que él dió a la ley divina en nuestro lugar. El Evangelio toma la ley de Dios en serio. "... los hacedores de la ley serán justificados". Rom. 2:13. Cuando creemos en Jesús, se nos acredita su obrar y su morir, y de esta forma quedamos justificados por una perfecta obediencia a la Ley de Dios. La justificación y la fe no tienen significado aparte de la ley de Dios.

El Agua. "El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre (y esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él. . .)" Juan 7:38, 39. Los beneficios del nuevo pacto son tanto el perdón de los pecados como la renovación del Espíritu Santo. El apóstol Pablo escribe: ". . . y éste es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Daré mis leyes en sus corazones, y en sus almas las escribiré; añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades". Heb. 10:16, 17.

Permítaseles a quienes desean concentrarse en la experiencia y en el Espíritu Santo medirse con la gran obra que realiza este Agente de la Deidad. La verdadera experiencia es importante. No consiste en un rapto de sentimientos extáticos, sino más bien en tener escrita en nuestros corazones la misma Ley que Cristo vino a vindicar con Su vida y muerte. Esto vale más que todo el ruido que hace el Movimiento Carismático. La vida "normal" de fidelidad y de obediencia del cristiano no debe menospreciarse. Puede que no sea tan espectacular como otras cosas que atraen mas la atención de la gente, pero sí es de gran valor delante de Dios. Permítanse los que estiman los milagros con-

siderar el gran milagro que es una vida leal, fiel, reverente, santa, respetuosa, pura, honesta, veraz y conforme.

Dice Melancton en su *Apología*:

"Escrito está en el capítulo 31:33 del profeta Jeremías: 'Daré mi Ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones'. Y en Romanos 3:31, Pablo dice: 'Luego, ¿deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera; antes establecemos la ley'. Y Cristo dice en Mateo 19:17: '. . . si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos'. De igual forma se dice en 1 Cor. 13:3, que si 'no tengo caridad, de nada me sirve'. Estas y otras cláusulas similares testifican que la ley debe comenzar en nosotros, y ser guardada cada vez más por nosotros (esto es, que debemos guardar la ley una vez que somos justificados por la fe, y así crecer más en el Espíritu). Más aún, no hablamos aquí de ceremonias, sino de la ley que dicta los mandamientos referentes a los movimientos (impulsos) del corazón; es a saber, el Decálogo. Porque verdaderamente, la fe que trae al Espíritu Santo y produce una nueva vida en el corazón es preciso que también produzca movimientos espirituales en el corazón. ¿Y qué son estos movimientos espirituales? En Jeremías 31:33, el profeta nos lo muestra cuando dice: 'Daré mi Ley en sus entrañas, y escribiréla en sus corazones'. En consecuencia, cuando hemos sido justificados por la fe y regenerados, comenzamos a temer y a amar a Dios, a orarle a él, a esperar de él ayuda, a darle gracias, a alabarle y a obedecerle en las aflicciones. Comenzamos también a amar a nuestro prójimo porque nuestros corazones tienen movimientos espirituales y santos (ahora, por medio del Espíritu de Cristo, tenemos un nuevo corazón, mente, y espíritu dentro de nosotros)." —*Book of Concord*, pág. 42.

La Fórmula de Concordia bien dice:

"Porque, en verdad, la ley dice que es la voluntad de Dios que nosotros andemos en novedad de vida, pero no nos concede el poder ni la habilidad para comenzar y lograr esto; pero el Espíritu Santo, que es dado y recibido, no por medio de la ley, sino por medio de la predicación del Evangelio, Gál. 3:14, es el que renueva el corazón. En lo sucesivo, el Espíritu Santo emplea la ley para instruir al regenerado desde ella y para señalarle y mostrarle en los Diez Mandamientos qué cosa es la buena y aceptable voluntad de Dios, Rom. 12:2; es decir, en qué buenas obras es que Dios les ha ordenado andar, Efe. 2:10". —*Ibid.*, pág. 262.

Con todo, siempre debemos recordar que el hombre mortal nunca puede alcanzar un punto en su vida llena del Espíritu donde su aceptación para con Dios no descansa únicamente sobre la justificación por la sangre de Cristo.

El apóstol Juan dice: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo". 1 Juan 4:1. ¿Cómo hemos de probar los espíritus? Isaías declara: "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido". Isa. 8:20 (compárese con el verso 16). Es como si dijera que debemos probarlos mediante la Ley y el Evangelio.

A medida que el "fuego del cielo" engañe a las multitudes con sensacionales maravillas y milagros engañosos (Apoc. 13:13), Dios tendrá un pueblo cuya fe y experiencia pasarán la doble prueba de la Ley y el Evangelio. El Revelador declara:

"Y vi otro ángel volar por en medio del cielo, que tenía el Evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación y tribu y lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed a Dios, y dadle honra; porque la hora de Su juicio es venida; y adorad a Aquél que ha hecho el cielo y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas. . . Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús.

"Y miré, y he aquí una nube blanca; y sobre la nube uno sentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz aguda. Y otro ángel salió del templo, clamando en alta voz al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar te es venida; porque la mies de la tierra está madura". Apoc. 14: 6, 7, 12, 14, 15.

Las suscripciones de *Pregonero de Justicia* son gratis para los que las soliciten personalmente. Simplemente envíe este cupón con su nombre y dirección a la siguiente dirección:

Pregonero de Justicia
P. O. Box 700
Fallbrook, California 92028 EE.UU.

-
- Deseo unirme a la lista regular de suscriptores para recibir gratuitamente el *Pregonero de Justicia*. [Favor de no pedir suscripción para otra persona.]
- Les envío juntamente una lista de los nombres y las direcciones de mis amigos para que les envíen unos ejemplares gratuitos de *Pregonero*. Así tendrán la oportunidad de suscribirse por sí mismos.

Mi nombre _____

Mi dirección _____

Pregonero de Justicia

P.O. Box 700, Fallbrook, California 92028, U.S.A.